



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

LICENCIATURA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Una mirada al olvido a través de los recuerdos.

Trabajo terminal

que para acreditar las unidades de enseñanza aprendizaje de

Trabajo de Investigación Etnográfica Aprox. Explicativa y Análisis Explicativo III

y obtener el título de

LICENCIADO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

presenta

Úrsula Levario Saad

Matrícula No. 2173053946

Comité de Investigación:

Director: Dr. Antonio Ziri3n P3rez

Asesores: Dra. Adriana Aguayo Ayala

Dra. Roc3o Ruiz Lagier

Ciudad de M3xico

Febrero 2022

Índice

INTRODUCCIÓN	1
1 EL VALOR SIMBÓLICO DE LOS RECUERDOS	7
1.1. ÉTICA, EMOCIONES Y RECUERDOS.....	7
1.2. LA IDENTIDAD INDIVIDUAL Y SOCIAL DE LA MEMORIA: RECUÉRDAME	12
1.3. APRENDER A RECORDAR	23
1.4. EL NOMBRE COMO SÍMBOLO DE INTEGRIDAD INDIVIDUAL	26
1.5. EL ESPACIO ÍNTIMO DE LOS RECUERDOS	28
2. LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA MEMORIA	35
2.1. LAS REDES DE LA MEMORIA	35
2.2. LA MEMORIA COMO CATEGORÍA FORMAL.....	41
3. LA IMPORTANCIA DEL OLVIDO Y LA MEMORIA TOTAL.....	46
3.1. ¿SON DELIBERADOS EL RECUERDO Y EL OLVIDO?	47
3.2. LA CONDENA DE FUNES EL MEMORIOSO	48
3.3. TIENES SUERTE DE NO RECORDAR	55
3.4. LA CONCIENCIA SENSIBLE	60
CONCLUSIÓN.....	63
BIBLIOGRAFÍA.....	65

Introducción

Es central la importancia sociocultural que se le da a los recuerdos y a los olvidos. El tema de la memoria es primordial debido al énfasis que la sociedad da a la memoria en la definición del individuo. Aquí se trata, fundamentalmente, el valor simbólico que se otorga a los recuerdos. Es común asociar los recuerdos con una buena o mala memoria, sin embargo, no es esa la intención de quien esto escribe, sino comprender la dimensión que tienen los recuerdos tanto en la experiencia íntima de la mente del individuo como en el marco de la convivencia social, particularmente en el entorno familiar. Se entiende la memoria como parte íntegra del cuerpo humano y se relaciona con emociones, sentimientos y conciencia. Así mismo, se comprende el recuerdo como una cara de la memoria, y la otra cara es el olvido. Ambos forman parte del mismo proceso en la conformación de la memoria, por lo cual, no se entiende el uno sin el otro.

¿Por qué es necesario comprender el valor simbólico de los recuerdos? Puede afirmarse que la memoria es nuestro principal patrimonio porque nos permite reconocernos y situarnos en un ambiente cultural, define nuestra identidad individual y grupal. Los acontecimientos que constituyen la historia de vida quedan registrados en nuestra memoria en función del valor simbólico que les otorguemos y de acuerdo con una escala de valores culturales que se generan en el entorno social.

Se ha estudiado la memoria por diferentes disciplinas y cada una le da un enfoque particular. La antropología y la sociología utilizan la categoría de *memoria colectiva* y la definen desde diferentes puntos de vista. El origen de este concepto corresponde a Maurice Halbwachs, lo introduce en su libro *Los marcos sociales de la memoria* (1925), y la dimensión que él le otorga es novedosa para su tiempo porque enmarca la memoria del individuo en el entorno cultural en el que se desarrolla.

En el siglo XXI ha cobrado importancia una reivindicación sobre el valor simbólico de la memoria de algunos hechos que han sido ignorados por la narrativa de la historia oficial. Desde la historia encontramos narrativas que tratan sobre el derecho a la memoria de colectivos que exigen una revaloración de hechos históricos asociados con grandes tragedias cuya bandera es no olvidar. Un ejemplo de estos estudios lo podemos encontrar en la obra del historiador francés Pierre Nora que se centra en los lugares de la memoria. Estos enfoques se han visto favorecidos por el impulso que las neurociencias cognitivas han aportado para la comprensión de la conducta humana y particularmente de los procesos fisiológicos y anatómicos del individuo en relación indisociable con su entorno cultural.

La memoria histórica y la memoria colectiva son dos categorías que involucran grandes procesos sociales. El interés de esta investigación es más discreto, no basa su explicación en el enfoque de mentalidades que instituyó la Escuela de los Annales francesa, o en el de Pierre Nora, tampoco desarrolla un ejercicio explicativo sobre la memoria colectiva; sí establece una relación entre la antropología, la historia cultural y las neurociencias cognitivas para explicar el valor emocional de los recuerdos.

El enfoque antropológico permite comprender cómo se relacionan las experiencias humanas tanto con los aprendizajes o el conocimiento adquirido, como con las emociones y los sentimientos que le confieren un valor simbólico a los *recuerdos*. La experiencia del individuo se comprende en el entorno cultural y se sitúa como parte de una identidad específica. La *memoria* adquiere valor simbólico y trasciende al individuo. *Mente, cerebro y recuerdos* son componentes de la *memoria* humana e involucran una noción más general relativa a la *conciencia*.

La historia cultural utiliza un método para comprender al individuo en relación indisociable con su entorno cultural. Las personas, los objetos y el espacio tienen una continuidad porque viven un proceso de mutua interrelación. El objeto no construye su propia historia, sería un fenómeno paranormal, sino las experiencias de los hombres que lo crean, tocan, destruyen, circundan, o interpretan. ¿Qué dejan en él?, ¿qué les recuerda? Los objetos son obras que constituyen y expresan formas, signos, estructuras, etcétera, su interpretación (codificación)

y representación puede ser libre o modelada y corresponde a la mente humana. El objeto cultural permite adentrarse en una concepción para comprender no solamente una representación individual, sino y, fundamentalmente, cómo esta práctica es un referente de una concepción amplia que genera modelos de comprensión y patrones socioculturales. Desde la historia cultural es posible comprender las experiencias humanas como prácticas susceptibles de representación. Los recuerdos son en sentido estricto una representación de las experiencias vividas, incluso se puede afirmar que constituyen los símbolos, signos y significados que definen el mundo como representación.

Entonces, el objetivo general de esta investigación es comprender la importancia simbólica del recuerdo y el olvido en la intimidad del ser humano y en sus relaciones anímicas. Se integra la explicación antropológica porque compromete valores, hábitos, creencias y principios, elementos fundamentales de la cultura; el enfoque de la historia cultural porque incorpora el valor de la vida cotidiana y evalúa las formas o prácticas concretas de grupos concretos; y la visión de la neurocognición porque nos dota de una comprensión integral de la memoria en dos vías: en el proceso interno de la memoria y en su relación con el ambiente.

Todos tenemos una serie de conceptos con los cuales definimos la memoria. La conceptualizamos a través de un conjunto de categorías a las que atribuimos denotaciones y connotaciones múltiples. Imaginamos lo que la memoria es y muchas veces eso que imaginamos se parece poco a lo que realmente es. La memoria tiene muchas implicaciones, tanto desde una perspectiva práctica como desde una perspectiva emocional. Dar cuenta de la importancia de los recuerdos, es dar cuenta de la forma mediante la cual se establece la convivencia social para la toma de decisiones. Comprender la exigencia del entorno social sobre la memoria de las personas permite entender el significado que se atribuye a sus recuerdos. Lo que se espera de las relaciones interpersonales es una construcción que responde a patrones culturales. El proceso de construcción, reconstrucción y destrucción de la memoria define en gran medida la concepción sobre el ser humano en armonía con su cuerpo y su entorno social.

La literatura y el cine aportan múltiples imágenes literarias y audiovisuales sobre la memoria; de alguna manera, son un reflejo del valor que tiene el recuerdo y el olvido en el imaginario social. Ofrecen la oportunidad de ejemplificar el fenómeno memorial y profundizar en ciertos valores admitidos socialmente. El lector encontrará en la lectura de esta investigación un ejercicio libre, el cual combina la explicación teórica y empírica con un estilo ensayístico que incluye ejemplos literarios y cinematográficos recreados en situaciones imposibles que obligan a pensar en los límites de la memoria humana. Elaboré una base teórica para ilustrar la concepción de los recuerdos e integré la mirada antropológica y literaria con la finalidad de realizar una interpretación comprensiva del fenómeno cultural.

Este estudio se conforma de tres apartados. En el primero se trata el valor simbólico de los recuerdos, del significado sentimental y emocional que otorgamos a las experiencias vividas por la huella que dejan en nuestra memoria. Para poder abordar esta explicación, se introduce, en primer término, un preámbulo sobre el papel que juegan la moral y la ética en la determinación de los valores individuales y sociales con los que juzgamos lo que es admisible recordar y olvidar. En segundo término, se estudia el proceso hacia el olvido en dos situaciones centrales: los familiares de los enfermos de Alzheimer y su estrategia para evitar el olvido; y un fragmento de la novela de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* en el que trata de una peste de insomnio que produce el olvido. En Macondo, a falta de memoria, el lenguaje simboliza todo lo conocido en forma de etiquetas mentales.

Este apartado se construye a partir de un conjunto de observaciones que consigné en un diario de campo sobre dos grupos virtuales (en Facebook) de familiares de Alzheimer en los que participé durante el otoño e invierno de 2020. La comprensión de la mente y cuerpo en el proceso agónico de la memoria coloca a la sociedad en el límite del reconocimiento del alcance y dimensión de lo humano. La integridad del concepto de persona se entiende a través del esfuerzo que realiza el enfermo de Alzheimer y su familia por preservar los recuerdos. Para la antropóloga Mary Douglas, en el cuerpo físico existen repercusiones del cuerpo social, hay una relación binaria en la cual cada componente se ve influenciado por el otro. En las personas diagnosticadas con Alzheimer existen condiciones neurológicas específicas de su cuerpo que determinan su proceso mental (su cuerpo físico), lo cual no tiene que ver

con una elección, sino con una condición de demencia. También, existen pautas sociales que dictan formas de comportamiento y del ser (cuerpo social). La visión de Douglas es amplia porque no limita el proceso a una u otra situación. “Los dos cuerpos son el yo y la sociedad; unas veces están tan cerca que casi llegan a fundirse y otras están muy lejos el uno del otro.” (Douglas, 1978, p. 107). Esto es útil para comprender la importancia de los recuerdos cuando las personas siguen esperando de su cuerpo lo que ya no puede dar (su cuerpo físico pasado).

Para una concepción precisa sobre la mente y la memoria desde una perspectiva de las neurociencias cognitivas, se retoma al neurólogo Antonio Damasio porque él desarrolla una explicación a partir del análisis de personas con cierto tipo de padecimientos neurodegenerativos, por lo cual es una guía para comprender los procesos que involucran la formación y la pérdida de la memoria. Es de vital importancia su teoría sobre el marcador somático porque hace una conexión entre el cuerpo y la mente a través de las emociones y los sentimientos.

Para poder comprender el símbolo, los valores, los rasgos culturales y los significados que se atribuyen a la memoria en el entorno familiar, se considera el enfoque de vida cotidiana y del mundo como representación del historiador francés Roger Chartier, reconocido como parte de la cuarta generación de la Escuela de los Annales. Introduce una visión teórica que intenta rebasar los esquemas tanto de la denominada historia de las ideas como la de las mentalidades. Él postula que se debe reformar la visión tradicional de la historia intelectual y propone evolucionar el significado de la historia de las mentalidades trocándolo por el de historia de las representaciones. Exige una relación con un sentido distinto, más complejo y diversificado entre individuo y sociedad. Esta concepción la engloba dentro de la historia cultural.

En el segundo apartado se parte de una reflexión antropológica sobre el uso y relación de los conceptos con los que se define la memoria y se explica la memoria como categoría formal. Para lo cual, se solicitó a un grupo de personas que elaboraran una lista de diez conceptos que asociaran con la memoria y, a partir de ellos, se elaboró una red para observar, por su

frecuencia, la relación entre ellos. El concepto más mencionado fue *recuerdo*, y entre los menos mencionados se encuentra el *olvido*.

En el tercer apartado se aborda la concepción del recuerdo y el olvido como elementos constitutivos de la memoria. Es fundamental, para ese propósito, el análisis del cuento *Funes el memorioso* del escritor argentino Jorge Luis Borges. Del contenido literario del texto se pasa a una identificación de conceptos, ideas y alegorías que refieren la importancia de la memoria como una formación total, o del aprendizaje del lenguaje como totalidad. Por último, se ejemplifica con la película *El Efecto mariposa*, la resistencia al olvido y la relevancia de una conciencia sensible.

Esta investigación me mostró cómo las relaciones humanas se fundamentan en respuestas sensibles. La memoria tiene una relación estrecha con las emociones, sentimientos y afectos. Los acontecimientos que quedan registrados en la memoria de largo plazo generalmente son los que dejaron una huella emocional y simbólica. Existen recuerdos que configuran a la persona dentro del cuerpo social y que le otorgan identidad como actor predeterminado. La memoria humana es parte de un proceso biológico y cultural complejo, como lo son las personas. Una forma de verlo es comprender al hombre como un animal simbólico, lo cual, en este caso, implica que sus recuerdos y olvidos vienen marcados por el valor que les adjudicó en su experiencia individual y social. Lo que se nos permite olvidar, lo que elegimos recordar, lo que queremos recordar y no podemos, el valor que se otorga a la memoria determina, en buena medida, el concepto de persona y el rol que se espera cumpla en su entorno cultural.

1 El valor simbólico de los recuerdos

Existen un conjunto de categorías que integran una explicación comprensiva sobre la memoria: experiencia, sentimientos, emociones, creencias y valores. La forma en la que experimentamos la vida y en cómo la percibimos se encuentra mediada tanto por nuestra percepción, como por la representación, apropiación y expresión de las imágenes que de ella recreamos en la memoria. Los recuerdos y los olvidos pasan por una elección y configuran, al paso del tiempo, la personalidad. En este apartado se muestra la relación estrecha entre la intimidad y la sensibilidad del individuo a través del valor cultural que asignan a los recuerdos los familiares de personas enfermas de Alzheimer. Es importante comprender, desde un punto de vista vivencial, el significado de la pérdida de la memoria y, en sentido inverso, reflexionar sobre algunos componentes anatómicos y fisiológicos que favorecen la formación de la memoria en los niños. Se observa una resistencia natural al olvido y una lucha contra el tiempo, tanto entre las personas que tienen un padecimiento mental, como entre su familia. Pérdida, desolación, decepción, miedo, y un sinfín de sentimientos impactan en el entorno familiar y revelan la importancia emocional de los patrones culturales a través de los cuales percibimos el pasado en la convivencia social.

1.1. Ética, emociones y recuerdos

Hay muchos acontecimientos importantes en nuestra historia de vida que olvidamos, contrario a lo que se pudiera creer, las personas no siempre recordamos lo más importante. Muchas veces podemos llegar a sentir una desazón al darnos cuenta de que muchos *recuerdos* que quisiéramos tener no están ahí. No atesoramos en nuestra memoria todo lo importante, ni olvidamos todo lo banal. Sin embargo, es verdad que sobresalen aquellos recuerdos que creemos necesitar más; pero ¿dónde radica esta importancia o menester de lo que recordamos? Es conveniente referir algunos elementos que intervienen en el proceso de formación de la memoria para irnos acercando a la respuesta de esta pregunta.

La vida se compone de *experiencias* que se acompañan de *emociones*, las cuales están coaligadas con toda acción, desde la más sencilla hasta la más elaborada. La evocación de un

sentimiento nos permite otorgar un significado a lo vivido. Nuestros pensamientos no serían lo que son si estuviéramos exentos de *sentimientos* y emociones. En gran medida, somos quienes somos gracias a ellos, no solo porque son necesarios en el proceso mental y fisiológico, sino porque también son una guía que nos permite identificarnos como personas. A partir de lo que sentimos establecemos lo que consideramos correcto e incorrecto, y en función de este camino instituímos nuestras *creencias* y *valores*, lo cual es fundamental en nuestra construcción como *individuos* y como *seres sociales*.

El motivo por el cual nos es fácil ser empáticos con los otros, es porque hemos experimentado las mismas emociones que ellos. Comprendemos cuando una persona está feliz, porque nosotros lo hemos estado. Si la intensidad de la emoción y los motivos por los cuales la tenemos son similares a las de la otra persona, es más probable que exista un mejor entendimiento. Por supuesto que no es una regla y no requerimos vivir lo mismo para entender, pero sí es un componente fundamental en la construcción de la solidaridad. El saber qué acontecimientos o acciones pueden causar un bien o mal a otro, determina nuestro actuar. La *moral* y la *ética* juegan un papel fundamental, los valores individuales y sociales se entrecruzan.

Las emociones son el fundamento esencial que nos conduce a procurarnos los unos a los otros. Es natural que al leer la reciente oración surjan distintos cuestionamientos, ¿qué pasa entonces cuando hacemos todo lo contrario a procurarnos?, ¿qué pasa cuando una misma situación conduce a distintos resultados anímicos?, ¿qué pasa cuando reaccionamos de forma contraria a lo que sentimos? No existe determinismo alguno, si acaso, el de la presencia de las emociones mismas. Un sinfín de cualidades nos hacen seres humanos, empatizar es una de ellas. Paradójicamente, no es poco común encontrarnos con situaciones en las que existe falta de solidaridad, pero su presencia no niega a la empatía, la cual es la base primordial de la existencia de la ética. El vivir en una dicotomía continua es necesario para establecer lo que consideramos correcto e incorrecto y lo que nos lleva a decretar cuándo estos principios éticos deben ser individuales o compartidos. Si fuese tan sencillo como sentir e interpretar de forma idéntica, no existiese dilema alguno; ni humanidad. Parece evidente, pero muchas veces lo olvidamos.

Las emociones son nuestro motor, no todos les damos el mismo significado, pero nos ayudan a interpretar el mundo. Nos permiten reconocer nuestros gustos y disgustos; diferenciar las pasiones y los tormentos; vivir una vida que se adecue a nuestros sentidos; reaccionar o mantener el sosiego. Una vez que nos damos cuenta de la importancia vital de las emociones, sabemos que hasta la respuesta más racional está ligada a ellas. Todos damos a nuestras acciones causas que nos justifican y en ese momento hay una valoración moral, independientemente de la semejanza con otras apreciaciones. Sin embargo, cuando existe uniformidad del pensamiento, se habla de un nexo social irremediable. Aquellas situaciones comunes que llevan a una forma de pensar compartida son delimitadas, entre muchos otros factores, por la ética.

El paso del tiempo es un indicador del cambio cultural, cambian las costumbres, los hábitos, la tecnología, etcétera. Naturalmente los parámetros sociales y la forma de pensar también se modifican. A veces a la par, a veces en consecuencia del otro. Pero son estos cambios los que nos permiten darnos cuenta de la variabilidad de la ética. Me refiero a situaciones en las cuales se tenía un punto de vista generalizado diferente al de la actualidad, pero también a aquellas que nunca creímos llegar a pensar y mucho menos a reflexionar, pero que hoy lo hacemos. Una pregunta interesante es ¿si existen cambios en la moral, también en la forma de sentir? Las emociones son sensaciones que están establecidas en nuestro cuerpo, generalmente podemos distinguir nuestro estado anímico porque reconocemos la sensación y la asociamos con el momento vivido. La frecuencia e intensidad con la que tenemos una emoción varía conforme a nuestro contexto, cuando algo nos agrada sentimos alegría y cuando no, tristeza. Mientras más factores hallan que favorezca una emoción u otra, más la experimentaremos.

La forma en que vivimos las emociones está mediada por nuestra interpretación. Un sentimiento puede negar una emoción o exaltarla. Existen situaciones que de forma individual nos agradan y ello tiene que ver con nuestros gustos y forma de ser. Lo que para una persona puede ser agradable, para otra puede no serlo. Lo mismo sucede en un ámbito generalizado como es lo social, hay experiencias compartidas que generan agrado y otras que no, un aspecto que para una sociedad puede ser placentero para otra puede no serlo. Por supuesto,

sin dejar a un lado situaciones similares que generan mismas respuestas emocionales, las cuales son vastas. Las personas somos complejas, somos una mezcla de particularidades y generalidades, formamos parte de una sociedad, pero no dejamos de ser individuos. Aún teniendo en cuenta que naturalmente nuestra **cultura** va a repercutir en nuestra conformación como individuos. Si una sociedad, le da prioridad a cierto tipo de actividades y estas actividades desembocan en cierto tipo de emociones las tendremos más. Pero incluso, la forma en la que vivimos o procesamos estas emociones varían por grupo social, género o incluso en una sociedad vista como nación.

Los seres humanos como individuos y como personas sociales, somos una mezcla de reacciones, en las cuales podemos encontrar semejanzas y diferencias, por lo tanto, es importante tomar en cuenta, al realizar un análisis, que las excepciones no hacen las reglas.

A medida que nuestra vida avanza y nos encontramos con situaciones que nunca habíamos tenido, aparecen nuevos sentimientos. La soledad nunca se había sentido tanto como con la llegada del COVID-19, pues tuvimos que aislarnos de aquellas personas a quienes más amamos. Sensaciones como ésta pudieron no haberse tenido nunca, por algunas personas, hasta ese momento. Muestra de la posibilidad de ausencia o presencia de un sentimiento en la sociedad. Los sentimientos, intercedidos por el contexto, son el motivo por el cual tomamos decisiones que pueden o no coincidir con nuestras emociones. La ética y la moral se convierten en principios a seguir, que acatamos, incluso cuando no nos sentimos con ganas de hacerlo. Se sabe que una situación que en un momento pudo darnos una sensación específica, en el futuro puede convertirse en otra por completo, teniendo eso en cuenta, elegimos tomar decisiones diferentes a lo que dictan nuestras emociones, porque preveemos y nos permite deshacernos de sentimientos como la culpa. Pero, incluso a veces, elegimos contrario a nuestro bienestar, por el de los otros, la empatía nos dicta nuestro camino. Nos adjudicamos la responsabilidad de procurar a los demás. Se trata de una relación bilateral, somos responsables con los otros, pero también exigimos que los otros lo sean con nosotros, aunque a veces esta se quebrante.

La complejidad del actuar del ser humano, la forma en la que experimenta sus recuerdos y la importancia que les adjudica, son pautas de comportamiento que implican diferentes niveles de comprensión: la memoria, la mente, el individuo y el marco cultural en el que se desarrolla. Las personas nos regimos por múltiples variables que implican, ni más ni menos, que la noción sobre nuestra propia naturaleza, sobre el significado de nuestra existencia. Sin embargo, para lograr tener una identidad propia y establecer vínculos sociales duraderos, los seres humanos vamos sumando en nuestro haber sensaciones, palabras, sonidos, olores, ideas, acciones, gestos, paisajes y un largo etcétera. La experiencia del día a día va dejando información, conocimiento, nociones, principios, valores, hábitos, costumbres. De tal suerte que nuestra mente va forjando una construcción multisistémica residual en la memoria. Estos residuos, pequeñas cargas neurales que anidan en nuestra memoria, estas impresiones olfativas, gustativas, táctiles, sonoras, visuales dejan una impronta y definen, en una sucesión constante y quisiéramos que infinita, nuestros recuerdos. Si bien cada individuo recuerda de acuerdo con su experiencia y no existe quien recuerde exactamente lo mismo, existen ciertos patrones requeridos que lo configuran como parte íntegra de un entorno cultural.

Al vivir en sociedad se siguen cánones que esbozan nuestra forma de relacionarnos. La experiencia cotidiana se acompaña de sensaciones que suponen, como ya se comentó, una respuesta emocional. Emociones, sentimientos, juicios éticos, principios morales, son componentes integrales de los recuerdos y de su compañero de viaje, el olvido.

1.2. La identidad individual y social de la memoria: Recuérdame

Si vemos al individuo como agente social activo y si lo entendemos en su especificidad es que le otorgamos un valor específico a su memoria. Signos y símbolos asociados con los recuerdos son considerados como una especie de patrimonio emocional entre las personas, sin embargo, cada uno tiene el derecho a establecer los que conforman su propia humanidad en función del lugar que él mismo se fija en la historia y en la relación que quiere establecer con los demás.

En la infancia todo está por delante, un mundo por conocer, se va forjando la memoria y las palabras adquieren significado racional y emocional. Se consigna en el marco memorial familiar la primer palabra pronunciada por el bebé, esa construcción gramatical que implica una repetición constante en la memoria hasta que adquiere categoría de recuerdo. Esos signos que generan una abstracción en forma de concepto y conforman imágenes mentales. El lenguaje va figurando la mente y viene ejerciendo una maravillosa función de sustitución del llanto. El bebé desarrolla esa herramienta cultural que le resuelve sus necesidades inmediatas y mediatas. No es tengo hambre la primera palabra que exige el entorno, sino mamá o má. El calor del cuerpo materno, la sensación de compañía, la satisfacción de una necesidad y las emociones encuentran sosiego. Luego, la relación con los demás y el niño aprende a pronunciar su nombre y a mostrar un dedito para confirmar un ciclo vital. No recordará la multitud de acontecimientos que va dejando atrás, pero sí el hecho social, el sentimiento de felicidad o de tristeza que acompaña la palabra aprendida. El sociólogo francés, Maurice Halbwach, en su análisis sobre la *memoria colectiva* propone la siguiente tesis: [...] si nuestra impresión puede basarse, no sólo en nuestro recuerdo, sino también en los de los demás, nuestra confianza en la exactitud de nuestro recuerdo será mayor, como si reiniciáse una misma experiencia no sólo la misma persona sino varias. (Halbwachs, 1968, p.26) Se puede admitir, si se sigue a Halwbachs, que las impresiones familiares, los recuerdos que conservan de la vida del bebé, se le inculcan, conforme va adquiriendo un lenguaje propio y un pensamiento abstracto que le permita recrear, por sí mismo, las imágenes de su día a día. En todos los actos humanos existe una valoración social, una correspondencia o comunicación vital para el desenvolvimiento del individuo en su contexto cultural. En los otros

confirmamos el valor de nuestras abstracciones, de las ideas que conforman nuestra mente, aceptamos los códigos que entrañan y los usamos para comprender el lugar que nos toca ocupar dentro de un grupo identitario y que a la postre significamos como nuestro pasado. La exactitud de los recuerdos es, quizá, una exigencia difícil de cumplir porque en la mente tenemos representaciones de la realidad cuya verdad siempre estará mediada por el punto de vista, que implica, por supuesto, la correlación del tiempo y el espacio, a través del sujeto que se detiene a reflexionar sobre sí mismo. Esta posición, siempre relativa, como quería Albert Einstein, nos aleja de un pensamiento puramente objetivo; no obstante, nos acerca a una intersubjetividad, a partir de la cual, establecemos las convenciones que rigen la convivencia social, y el autoconcepto de persona.

En la vejez, esa etapa tardía de la vida, ocurre un proceso inverso, mientras avanza intrépido el tiempo, la mente va calma. Las experiencias son tantas, tantas las palabras que la memoria ahora hace un ejercicio de descarte para que los recuerdos y los olvidos mantengan una relación de correspondencia con la identidad de la persona. Es interesante la forma en la que cada uno vive este ejercicio. Mucho se ha hablado sobre la importancia de la memoria y, particularmente, de los recuerdos. En la literatura y en el cine encontramos casos paradigmáticos que juegan con la memoria y nos presentan personajes y situaciones imposibles. La ficción compromete a la imaginación, la realidad a la racionalidad; ambas, se confrontan y ofrecen la oportunidad, a quien desee tomarla, de profundizar sobre algunas concepciones sobre la mente humana. Quién no recuerda una historia sobre un personaje que después de un accidente perdió la conciencia por un par de días y al despertar no recordaba su identidad individual; sin embargo, conservaba el idioma, carácter, personalidad y conocía todo tipo de convenciones sociales. Ante esta circunstancia imaginaria, el entorno social se avoca a la tarea de desentrañar la vida de tal persona y colaborar para que logre recordar. El relato continúa y se suceden todo tipo de acontecimientos: tristes, jocosos, insólitos, etcétera. Este escenario dista de la realidad; sin embargo, en México, tenemos una población de ancianos, mayores de 85 años, que son un grupo de riesgo para enfermedades neurodegenerativas, entre ellas el Alzheimer, una demencia que altera la mente y deteriora su capacidad, de tal manera que los recuerdos van pasando de manera sucesiva e irremediable

al olvido. Una de cada cuatro mujeres, y uno de cada cinco hombres se ven afectados por Alzheimer. Actualmente, alrededor de un millón de mexicanos tienen esta condición.

Desde la década de los años 60`s y particularmente en los años 80`s se han creado grupos de ayuda de Alzheimer por la sociedad civil en la Ciudad de México. Se resalta la década de los años 80`s porque surge la sociedad civil a través de las organizaciones no gubernamentales. En la actualidad, también atiende estos casos el Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, el Instituto Nacional de la Personas Adultas Mayores (INAPAM), el hospital psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez, entre otras instituciones hospitalarias del sector público que se encuentran en el sur de la ciudad. Han tenido una intervención importante la Federación Mexicana de Alzheimer y el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía Manuel Velasco Suárez.

La historia de la atención al paciente de Alzheimer ha pasado por diferentes fases, su clasificación inicial fue como demencia senil, posteriormente adquirió una clasificación específica, sí dentro de las demencias, pero tomando en cuenta su perfil clínico desarrollado. Ha sido difícil su diagnóstico porque tanto médicos como cuidadores y familiares no han tenido acceso a una información bien clasificada y suficiente hasta en la última década. En el Manual Diagnóstico y Estadístico de trastornos mentales (DSM-V) se establece de manera puntual que la EA (Enfermedad de Alzheimer) es un síndrome de atención compleja donde hay pérdida de la función ejecutiva de la memoria, lenguaje, función perceptual motriz y cognición social.

Existe una razón importante por la cual la investigación sobre Alzheimer se ha vuelto una prioridad de salud pública y esto tiene que ver con la esperanza de vida de la población en el mundo y en México, que actualmente es de 74.95 años en México. Es importante considerar la esperanza de vida porque el Alzheimer tiene una relación inexorable con la edad puesto que en la mayoría de los casos se presenta en la vejez.

En lo que corresponde a nuestro estudio, es de sumo interés entender cómo los enfermos de Alzheimer y su entorno familiar experimentan el proceso del olvido, en sus añoranzas y

experiencias cotidianas se encuentra una interesante explicación sobre la importancia de los recuerdos y la forma en la que ellos enfrentan esta circunstancia. La respuesta social y las implicaciones éticas vienen unidas en la concepción que algunas comunidades digitales expresan en las redes sociales. Quienes comparten la experiencia de vivir con personas que padecen alteraciones de su memoria por causa de algún tipo de demencia, suelen acompañarse en grupos de Facebook para expresar sus puntos de vista. Uno de estos grupos llama particularmente la atención. Cuando entras a su página, aparece un comunicado que consiste en una lista de peticiones para los enfermos de Alzheimer. Una de ellas es “recuérdame mi pasado, recuérdame mi presente, recuérdame mi futuro.” Esta frase convoca a una acción colectiva a favor de la identidad de quien padece la enfermedad. La escribió una persona que vive esa condición y participa en el combate del olvido.

También existen grupos de apoyo que convocan la presencia física, y no sólo virtual, de quien se interese en participar. Intenté contactar a Alzheimer México, I.A.P. con la intención de realizar esta investigación, pero en diciembre de 2020 las condiciones para preservar la salud de los ancianos y evitar el contagio del Covid-19 impidieron la interacción presencial. Por lo tanto, decidí acercarme a dos grupos virtuales a través de los cuales me puse en contacto con los familiares de personas con Alzheimer.

El grupo *El fin del Alzheimer* se creó con el fin de comentar un libro cuyo título le dio nombre al grupo; cuenta con 13, 200 miembros, la mayoría de las personas que comentan son personas adultas y que de alguna forma u otra tienen un vínculo con el Alzheimer, la vejez u otra demencia. En sus publicaciones hay invitaciones a conferencias, videos y comentarios motivacionales, preguntas sobre tratamientos y efectos secundarios, peticiones y muestras de apoyo, desahogos, dudas respecto a la enfermedad y comentarios correspondientes a los capítulos del libro. Me integré al grupo en el año 2020, con la finalidad de interactuar y observar las inquietudes que expresan respecto a la pérdida de la memoria de sus familiares y cómo lo sobrellevan.

Compartir experiencias, opinar sobre decisiones, expresar emociones, y dejar registro de las concepciones que se tienen sobre los familiares con Alzheimer me permitió consignar

algunas inquietudes que son expresión de la forma en la que conciben las relaciones personales en un proceso de pérdida de memoria.

Realicé una publicación abierta a todos los integrantes, pregunté: ¿Qué es lo que más les había dolido que su persona cercana olvidase? Recibí más de ochenta respuestas. La pregunta implica una respuesta emocional y convoca a que los familiares relaten algún hecho o acontecimiento que sea importante para ellos.



Como se puede observar, las respuestas se organizaron en siete categorías de acuerdo al número de menciones y coincidencias que se encontraron en ellas. El desconocimiento de un familiar y de sí mismo fueron las respuestas más frecuentes y son un indicador poderoso del valor emocional que se le da a la identidad en la memoria individual y en las relaciones sociales, de hecho, otras respuestas apuntan en el mismo sentido porque una forma clara de la pérdida de identidad es cuando uno desconoce hasta su nombre.

Ahora, vamos a observar las respuestas específicas, qué recuerdos en particular son más sensibles y nos van a brindar información sobre el tipo de vínculo que se aprecia en la relación familiar. Veamos algunos comentarios.

“Pues muchas cosas ursula sobre todo a mi que soy su marido y que ya no me recuerde despues de tantos años casados luego sus hijos que tampoco los recuerda sus nietos que son una preciosidad y era lo que mas queria son muchas cosas y miy triste”¹ (F. C. Gonzalo, 2020).

Esta respuesta corresponde a un hombre que se siente triste porque su esposa perdió el vínculo con toda la familia. El olvido que más lamenta no se trata de un acontecimiento en particular sino del hecho que implica una disociación total con el entorno. También le duele lo que ella no puede disfrutar, el cariño de sus nietos. Pasemos al siguiente comentario.

“La muerte de mi papá hace ocho años, ella todavía lo espera mirando a la calle para servirle de comer” (R. Velázquez, 2020).

En este caso, el acontecimiento que se refiere es un hábito que su mamá conservó, a pesar del deterioro de la memoria. Se puede decir que su mamá no olvidó una responsabilidad adquirida y conserva la expectativa y la certeza que le confirma el sentido de su rutina de años, quizá de toda la vida. Es interesante la forma en que la memoria selecciona un componente estructural de la cotidianidad. Está acompañado de un olvido doloroso, la muerte de su esposo; pero a cambio tiene una satisfacción emocional que implica la certeza de su presencia. Conviene detenernos en este caso y analizarlo desde dos perspectivas: el tipo de respuesta neurocognitiva de la memoria que implica la permanencia de un hábito; y el concepto de persona como un ente integral en el que perviven valores, formas, actos y significados, más allá de la memoria y la verbalización de las experiencias, digamos, de los recuerdos. Los hábitos tienen un imperativo cultural que se establece en función de los valores adquiridos en la comunidad a la que pertenecemos. Cuando un enfermo de Alzheimer recuerda sus hábitos no sólo está recuperando una costumbre cotidiana, sino la representación de sus valores. Si bien existen valores comunes, cada persona elige aquellos por los que decide determinarse, esta cualidad del ser humano permite que nos identifiquemos en nuestra

¹ Todos los comentarios que se citan contienen una redacción original, dado que forman parte de las redes sociales y la comunicación es informal.

especificidad e individualidad y esperemos un trato acorde a lo que somos. Para decirlo pronto, en los hábitos vienen implícitos los valores.

Los recuerdos son un componente fundamental de la memoria junto a otros componentes que forman subsistemas que configuran la mente. La mente se vincula con el sistema nervioso central y periférico y establece conexiones neurales, químicas, eléctricas, por mencionar lo básico. El neurólogo Antonio Damasio ofrece una teoría interesante para explicar la relación entre emoción, razón y el cerebro humano que nos puede ayudar a comprender por qué una esposa puede mantener un hábito cuando ha perdido la mayoría de sus recuerdos. En su libro *El error de Descartes* (1994) desarrolla una teoría sobre el funcionamiento de la memoria. Aquí es relevante señalar, de acuerdo con el especialista, lo siguiente: “[...] el concepto de que los sistemas cerebrales que se ocupan conjuntamente de las emociones y la toma de decisiones por lo general participan en la gestión de la cognición y el comportamiento sociales. Este concepto dio paso a la conexión entre el tejido de los fenómenos sociales y culturales y rasgos concretos de la neurobiología, una asociación respaldada por hechos convincentes” (Damasio, 1994, p. 5).

La cognición está enlazada con las emociones y cuando las emociones faltan, la racionalidad falla. El autor nos menciona el caso de una persona que sufre un accidente que afecta una zona del cerebro asociada con las emociones, de tal suerte que su memoria episódica funciona bien; puede recordar fechas, lugares, personas, definiciones; sin embargo, su capacidad para tomar decisiones acertadas y establecer una relación de empatía y respeto con los demás no funciona porque su cuerpo no registra emociones cuando toma una decisión. A la capacidad que tiene el cuerpo de dar una respuesta emocional en determinadas circunstancias y favorecer una decisión, en función de los hábitos, le llama *Marcador somático*.

La intuición, esa capacidad que las personas desarrollamos con base en las experiencias vividas y el conocimiento que nos dejan, aporta una respuesta inmediata a situaciones que lo requieran y nos ayuda a decidir. Podemos decir que esa mujer que se sienta a esperar a su esposo muerto con la comida preparada actúa en función de una respuesta emocional aprendida y que a pesar de que sufre un deterioro de su memoria episódica y no puede

recordar acontecimientos trascendentales de su vida, sí puede actuar con su memoria corporal. La hija, como observadora, padece porque su mamá actúa en función de un acontecimiento que nunca ocurrirá, le duele la imposibilidad del encuentro entre sus padres, la pérdida de sentido de su madre. La costumbre, el hábito, la certidumbre de toda una vida forjan la personalidad y permiten que las personas preserven su identidad incluso cuando los recuerdos se pierden.

Pasemos al siguiente comentario relevante:

“Hay tantas cosas.... Pero ahora lo primero que se me viene es que cocine. Sus comidas todas caseras y tan elaboradas marcaron mi infancia, a tal punto que siento que ella se ha llevado gran parte de mi felicidad en su olvido” (M. Illesca, 2020).

Esta hija extraña la comida, ese momento que ella y su madre compartieron y que le reportó tanta felicidad. La relación familiar se estrecha en el entorno de la cocina, en la mesa. No se trata de un simple proceso fisiológico, de alimentarse, sino de un hábito que marcó la vida de una niña y a través del cuál se expresa el cariño, la atención y la responsabilidad de su madre hacia ella. En el dolor hay también un reproche: el olvido de su madre le quitó su felicidad. Los sentimientos dirigen en gran medida nuestras emociones: si me siento querida soy feliz, si me siento abandonada son infeliz.

Otro miembro del grupo comentó lo siguiente:

“La enfermedad es todo tristeza, pero ahí estamos todos sus hijos, nietos y familia para acompañar nuestra mamá en este olvido de vida” (Elita B. D., 2020).

No quiso elegir un momento ni asociar su tristeza con una pérdida, sino que se volcó hacia el dolor de su ser querido y lo afrontó. Es una situación de expresión de solidaridad y apoyo en cualquier circunstancia. Más adelante comentaré la responsabilidad ética que algunos familiares deciden establecer o no con el enfermo. No siempre se aceptan las reacciones de las personas que padecen el olvido, en algunos casos se les confronta.

Alguien comentó un gesto, “Cada mirada con signo de interrogación me duele” (B. García, 2020). Otro más dijo: “Su mirada... “Que ya no me mire con cariño... Que ya no sonría...” (E. Hernández, 2020). Un tercero afirmó: “Vivir toda una vida para terminar olvidándola es muy triste. Miradas perdidas, rostros sin nombre, paisajes extraños, el Alzheimer se lleva todo” (T. C. Palacios, 2020). El énfasis en la expresión del rostro, en la vaguedad de la mirada es un indicador del esfuerzo por permanecer en la realidad, por interactuar con sentido. El llamado de auxilio, la sensación de no saber, esos recuerdos que no te asisten para resolver lo cotidiano, para vivir. “Ahora soy sus recuerdos y muero lentamente cargando sus y mis recuerdos” (M. López, 2020). Esta reflexión corresponde a una persona que se asume corresponsable de mantener la memoria de su familiar. Decidió que retener el pasado puede ser doloroso, pero es necesario hacerlo. La importancia de recordar no sólo las experiencias de vida compartidas, sino la remembranza de ellas. Volvamos a Halbwachs. El sociólogo introduce el concepto de *intuición sensible* para explicar el nexo que se establece entre la memoria individual y el pensamiento social: “En la base de todo recuerdo, estaría el recuerdo de un estado de conciencia puramente individual, que (para distinguirlo de las percepciones donde entran tantos elementos del pensamiento social) podríamos denominar intuición sensible” (Halbwachs, 1968, p. 37). Esta concepción sobre la *intuición*, por el tiempo en que fue propuesta, desconoce la concepción del *Marcador somático* que propuso Damasio décadas después, sin embargo, recupera la potencia de la conciencia individual. Ahora, quien afirma ser depositario de los recuerdos de un ser querido, no supone, como tal, una transferencia de recuerdos, pero sí una responsabilidad de conservar las experiencias rememoradas como patrimonio familiar.

Es conveniente advertir que la memoria guarda diferentes tipos de imágenes y que esto ocurre en diferentes momentos. Damasio nos explica que los pensamientos están constituidos por imágenes abstractas. Cuando vivimos una experiencia particular, por ejemplo, el día de nuestra boda, pondremos atención, utilizaremos nuestra *memoria perceptual* para obtener un registro de todos los acontecimientos que nos impactaron, y al paso del tiempo los podremos recrear como *imágenes rememoradas*. Es común que cuando las personas nos referimos a la memoria, privilegiemos la evocación de los recuerdos y dejemos a un lado la percepción y el

razonamiento. En nuestra mente unimos pasado y presente, incluso podemos colocar imágenes de algo que aún no ha ocurrido.

La memoria crea imágenes que estructuran la mente y requieren tanto del ambiente exterior como del propio cuerpo: “A veces la construcción viene fijada por el mundo exterior al cerebro, es decir, por el mundo que hay dentro de nuestro cuerpo y a su alrededor, con una pizca de ayuda de la memoria pasada. Tal es el caso cuando generamos imágenes perceptuales. A veces la construcción está dirigida enteramente desde el interior de nuestro cerebro, por nuestro dulce y silencioso proceso de pensamiento, de arriba abajo, por así decirlo” (Damasio, 1994, p. 121).

Los familiares de las personas que están perdiendo su memoria notan que el Alzheimer se lleva todo. Hay una necesidad de compartir experiencias y obtener una retribución emocional. Parece un despropósito intentar recordar por el ser que amas, no es así, los seres humanos compartimos una visión del mundo, construimos juntos imágenes comparables para establecer una necesaria comunicación que en las relaciones familiares deriva en comprensión, cariño, compañía, educación. Cuando la relación se pierde o se fractura por el deterioro de la memoria, queda la persona, ese cuerpo preciado, ese ser humano que perdió la conciencia de sí, y que aún así permanece en el entorno familiar y es requerida por lo que fue, quien es y por la dignidad que le confiere su estatus familiar. No extraña que algunas personas lamenten “No poder hacerle sentir que ese amor y admiración por ella sigue y seguirá en nosotros por siempre...”, (A. Delgado, 2020), o “No Poder conversar y oír sus comentarios y consejos, Que se le olvidó nuestras extensas charlas nocturnas... hasta tarde... Mi mamita era mi confidente, mi amiga, mi compañera, mi compinche. Y aun me duele al recordar el día que me olvidó” (A. Milena, 2020). La resistencia al olvido a través de los recuerdos.

Un hombre lamenta que su esposa enferma ya no recuerde la fecha de su aniversario: “Nuestra fecha de Matrimonio.....me duele, pero es superable, gracias por esta hermosa dinámica.....” (L. Morlán, 2020). La memoria episódica requiere precisión en los recuerdos, es uno de los atributos de la memoria, por cierto, muy apreciado en grandes capas de la

sociedad. La necesidad de llevar un registro ordenado y sucesivo de nuestra vida individual y social, particularmente de aquellos acontecimientos a los que atribuimos importancia. Las parejas esperan ser importantes el uno para el otro, muestra de la relevancia que tienen se expresa en categorizar ciertos recuerdos y privilegiarlos. La memoria, en el caso que nos ocupa, pierde esta capacidad y no hay manera de evitarlo en los enfermos de Alzheimer. Sin embargo, existe evidencia de la forma profundamente humana en que algunas personas conservan, si bien no el día fechado, si el hecho que les ha sido significativo, ya veíamos el caso de la esposa que espera paciente la llegada de su esposo que falleció 8 años atrás. En las redes sociales circulan videos que constatan la importancia de la respuesta emocional en la activación de la evocación de la vida. Es el caso de una anciana bailarina a quien se le pone una melodía y en el momento en que ella la escucha reacciona intuitivamente y comienza una danza con sus brazos y cabeza. Ella danzó muchas veces con esa melodía y su cuerpo la reconoce. Los recuerdos no son tan solo ideas preconcebidas, también son un conjunto de acciones que se activan con nuestro marcador somático y respondemos a ellas a través de la memoria corporal. Esta circunstancia en la que el enfermo se activa por un evento que la motiva muestra la expectativa que el ser humano tiene de sí mismo. Porque, así como los familiares lamentan lo que ellos perdieron en interacción social con su familiar; la persona que se va instalando en el olvido lo padece de una forma singular e irremediable. Existen dos formas de abordar la pérdida de los recuerdos, desde quien lo padece y desde quien lo observa, lamentablemente esta investigación no pudo abordar la perspectiva del propio enfermo de Alzheimer.

1.3. Aprender a recordar

Ahora voy a integrar el resultado que consigné en mi diario de campo sobre el segundo grupo que contacté. Aprender sobre Alzheimer es un grupo privado, creado el 17 de octubre de 2015, que se encuentra en la red social Facebook. Para poder acceder a él se debe hacer una solicitud, pues es privado. En la información del grupo se explica que ha sido creado con un fin informativo. La persona que creó el grupo busca que a través de este medio se comparta conocimiento respecto a la enfermedad de Alzheimer con el fin de ayudar a personas que tienen un ser querido con este padecimiento. Aclara que esa es su única política, sin embargo, se puede observar en las publicaciones que se le ha dado un uso distinto a lo escrito en la información. Vale la pena aclarar que todos los comentarios requieren de aprobación.

El grupo cuenta con 5,300 miembros, no obstante, pese a ser un número aparentemente alto, las publicaciones realizadas se remiten a unas pocas personas. La administradora del grupo puso un comunicado, el cual, no importa el día u hora en la que se entre al grupo será el primer comentario que aparezca, aunque lo haya publicado el 23 de noviembre del 2018. El comunicado es un ejercicio de memoria que consiste en decir nombres femeninos que inicien con la letra D. Hasta el día de hoy ha tenido sesenta y siete comentarios y estos únicamente dan respuesta al ejercicio. De la misma forma en que la administradora puso este ejercicio, muchos participantes del grupo a lo largo del tiempo también lo han hecho, de hecho, la mayoría de las publicaciones son de ejercicios mentales.

Un comentario que llamó mi atención es el del usuario May Te, que dice así:

“Ingresé a mi Mamá a una casa de cuidados por su Esquizofrenia ya que decía que le robábamos dinero y su demencia de que muchas cosas se le olvidan, después de 2 meses nos permitieron entrar, pero ahora cree que la fuimos a botar, que solo nos estorba.. no nos quiere ver... Se le olvida que estamos al pendiente de ella y se cree abandonada...” (May Te, 2020).

Recibió distintos comentarios, uno de ellos mostraba molestia por la decisión de Mayte al ingresar a su madre a una casa de cuidados, y argumentaba que ahí hay gente extraña y que no existe amor para cuidarlos. Otros decían que entendían lo complicada que pudiese ser la situación y le decían que lo que importaba es que su conciencia estuviese tranquila, que le mandaba bendiciones y esperaba que pudiese sobrellevar la situación. Otro comentario decía que lo importante era brindar amor, aunque a ella se le olvidase. Mientras que también se dijo que lo que debiese hacer esta persona es platicar con ella, porque iba a llegar un día en que ya no iba a poder recordar nada.

Otra persona publicó una imagen con un texto que preguntaba si alguna vez les había pasado que estaban buscando un lápiz y lo tuviesen en las manos. Muchos comentarios respondieron que sí, que, en varias ocasiones, y a algunos les causaba gracia que esto sucediese, incluso bromearon que a veces pierden los lentes y terminan por darse cuenta que los tenían puestos. Otro comentó que se pasó horas buscando unas llaves para abrir un candado que ya estaba abierto.

Dentro de los comentarios también encontré uno en el cual se decía que su familiar con Alzheimer se molestaba de que se olvidaran de saludarlo. Pero resulta que no se olvidaban de saludarlo, sino que él olvidaba que lo habían saludado.

Antonio Damasio demuestra, con diferentes estudios de caso, y particularmente con el famoso personaje, con el cual inicia su libro *El error de Descartes*, Gage, que una persona que padece un daño cerebral y pierde la capacidad de respuesta emocional tiende a tomar decisiones erróneas. La emoción, el sentimiento y la racionalidad trabajan juntos. Una persona sin capacidad emocional pierde también su capacidad racional, debido a que la razón y la emoción forman parte del mismo sistema neuronal. En algún momento se pensó que el funcionamiento de estos componentes podía dissociarse, no obstante, hoy se sabe que forman parte del mismo proceso. Lo que hace que conocimiento, atención y memoria tampoco se puedan disgregar. Si una persona tiene una alteración neurológica, por consiguiente, tendrá un cambio conductual el cual, en ocasiones, se encuentra fuera de la norma social. Contra

toda predicción, se puede observar que las emociones se activan con el recuerdo de una nota musical no tanto de un pensamiento complejo o de una gran abstracción racional.

1.4. El nombre como símbolo de integridad individual

No es poco común encontrarse con una persona de la tercera edad que tenga alguna dolencia que no le permita recordar. Es probable que muchos de nosotros vayamos a estar en esa situación, pero, aunque no es una situación rara, tampoco es la situación que prepondera, puesto que el ritmo y los casos corresponden a tiempos diferentes.

Entonces, ¿por qué es difícil concebir el trastorno? De cierta forma la misma pregunta lo explica, porque significa un cambio y una pérdida, si el ser humano se define como un ser racional y pierde esta cualidad ¿en qué se convierte? David Le Breton habla sobre ello en *Desaparecer de sí* y dice, acerca de un enfermo de Alzheimer, que “Su identidad no cesa de remodelarse, reajustando continuamente lo que era importante para él y ahora ha desaparecido” (Le Breton, 2016, p.4).

Se puede observar que existen discusiones éticas y morales, respecto al qué hacer con individuos que padecen algún tipo de demencia. Se vuelve complicado para las personas. Tienen que tomar decisiones por ellos, muchas veces con resistencia, pero además se tienen que hacer cargo de otras actividades y esto provoca que el tiempo no sea suficiente para la cantidad de acciones que se han de realizar. Una de las repercusiones radica en el ámbito emocional. Los recuerdos más valiosos para las personas tienen que ver con aquello que sentían que los vinculaba a ellos. “Olvidar un periodo de la propia vida es perder contacto con aquellos que nos rodeaban entonces” (Halbwachs, 1968, p. 33).

Me percaté de que a las personas les afectó mucho que su ser querido se olvidase de su nombre o de quiénes eran. Le hemos otorgado al nombre un gran significado. Voy a citar un diálogo de la novela *Dorian Grey*, de Oscar Wilde, en el que se trata la importancia del nombre.

“-¿Dorian Gray? ¿Es así como se llama? -preguntó lord Henry, atravesando el estudio en dirección a Basil Hallward.

–Sí. Ese es su nombre. No pensaba decírselo.

-Pero ¿por qué no?

– ¡Oh! No puedo explicárselo. Cuando quiero intensamente a una persona, no digo nunca su nombre a nadie. Es como ceder una parte de ella. He aprendido a amar el secreto. Parece lo único capaz de hacer misteriosa o maravillosa la vida moderna para nosotros” (Wilde, 2004, p.17).

Puede ser que las personas consideren que el primer paso para olvidarse de ellos es olvidarse de su nombre, pues a través de él nos identificamos. Dependiendo de la magnitud del olvido, el resultado. Así es el caso de las personas que les daba risa buscar los lentes trayéndolos puestos o de la persona que buscaba una llave para abrir un candado abierto. Lo más probable es que todos hayamos tenido un momento así. Pero qué sucede si todos los días olvidas que el candado está abierto, que todos los días olvidas que traes puestos tus lentes. Entonces ya es diferente.

El Alzheimer es el olvido irremediable, y ante ello se hace patente la necesidad de retribución emocional que los familiares esperan de los recuerdos. La confianza, la compañía, los logros, las promesas, los hábitos, las enseñanzas ya no tienen el refrendo del presente. La capacidad de asombro, que es una de las características principales que atribuye el filósofo español Fernando Savater al ser humano, se pierde y eso lo saben los familiares de los enfermos de Alzheimer cuando observan una mirada vacía, la falta de una sonrisa, la pérdida de las expresiones sociales que implican aprobación o desaprobación, consuelo o indiferencia. Bien, el enfermo y su familia van en una carrera contra el tiempo que se lleva la racionalidad y a pesar de ello, permanece la ambición de comunicación. Es una presencia ausente que pierde conciencia de sí. Es el ambiente cultural, la vida cotidiana, los valores y principios quienes cobijan la memoria a través de los sentimientos y las emociones, aún y cuando cede la racionalidad.

1.5. El espacio íntimo de los recuerdos

Para comprender con mayor profundidad el significado simbólico que las personas otorgan a los recuerdos es necesario reflexionar, a partir de las expresiones emocionales sobre el olvido que compartieron los familiares de Alzheimer, sobre la dimensión anatómica, fisiológica y corporal del individuo situado en el entorno hogareño.

Existe de manera natural un común denominador en el tipo de recuerdos que se mencionaron en el apartado anterior, dado que todos los participantes tienen lazos consanguíneos, la vida cotidiana. La casa como espacio de confianzas y de atenciones, el comedor como el sitio de reencuentro familiar. Los objetos comunes y los sitios que ocupan las llaves, los lentes, los candados. Momentos conyugales indisolubles de los lazos filiales, como puede ser el aniversario de bodas. Es el entorno familiar, el ambiente cultural en el que se desarrollaron y el nexo que establecieron con sus padres, hermanos o hijos, la pérdida que más reciente cuando el olvido penetra en el hogar.

El colombiano Gabriel García Márquez nos ofrece en su novela *Cien años de Soledad* un capítulo de la historia de la Familia Buendía, en el pueblo de Macondo, dedicado al olvido. Así como llega la lluvia, de un momento a otro, un buen día llega el olvido a Macondo, como si se tratara de una epidemia, poco a poco las personas van olvidando el nombre de las cosas.

Todo inicia con la peste del insomnio, una enfermedad en la que todo el pueblo deja de dormir por completo durante meses. Los personajes van proponiendo soluciones al insomnio, por ejemplo, Úrsula Iguarán prepara un brebaje de acónito y hace que toda la familia lo beba, pero no les causa el efecto deseado y siguen despiertos; José Arcadio Buendía decide que es mejor no dormir para que le rinda más la vida. “Los que querían dormir, no por cansancio sino por nostalgia de los sueños, recurrieron a toda clase de métodos agotadores.” Se declara una cuarentena y se prohíbe que entren las visitas al poblado para que no se contagien. “Tan eficaz fue la cuarentena, que la situación de emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse de la inútil costumbre de dormir” (Márquez, 1967, p. 59).

Como consecuencia del insomnio vino el olvido. Aureliano Buendía propuso un sistema para evitar “las evasiones de la memoria” que consistió en escribir el nombre de lo que le resultaba difícil de recordar en un papel y pegárselo al objeto. “No se le ocurrió que fuera aquella la primera manifestación del olvido” “Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse por completo cuando olvidaran los valores de la letra escrita” (Márquez, 1967, p. 60). La casa se llenó de palabras que señalaban a los objetos, José Arcadio elaboró una “máquina para recordar” en la que incluyó, como si se tratara de una enciclopedia, todos los conceptos conocidos que pudo recabar. A pesar de la cuarentena, Melquiades, que regresó de la muerte, llegó a la casa de José Arcadio y Úrsula y les dio a beber un tónico que acabó por completo con el insomnio y restauró los recuerdos en su memoria.

Esta historia fantástica muestra el valor cultural de los conceptos. Cuando perdemos el nombre de las cosas, retrocedemos a la adivinación, se podría decir que sufrimos una involución cultural. Así como es importante la vida diurna y registrar las experiencias, también es importante dormir para olvidar. Si quisiéramos recordar cada experiencia vivida necesitaríamos multitud de cerebros. Damasio nos enseña que las imágenes que recreamos en nuestra memoria forman patrones: “Lo que las representaciones disposicionales tienen almacenado en su pequeña comunidad de sinapsis no es una imagen *per se*, sino un medio de reconstruir una imagen. Si uno tiene una representación disposicional para la cara de la tía Maggié, esta representación no contiene su cara como tal, sino las pautas de [...] una representación de la cara de la tía Maggié” (Damasio, 1994, p.126). De tal suerte que no necesitamos recordar cada letra “A” sino la letra “A” para que nuestra memoria sea funcional, y así pasa con el resto de las experiencias. Por eso resulta imposible que cada día podamos aprender, como sugiere Arcadio Buendía, cada palabra por primera vez y menos todas las palabras. Más adelante me detendré a analizar el cuento de *Funes el memorioso*, de Jorge Luis Borges, y abarcaré con mayor detenimiento el tema de la memoria total y la importancia del olvido.

Esta historia se puede ver también como una alegoría de la importancia del lenguaje. Con la peste del insomnio, el ambiente se volvió extraño, se perdió la familiaridad con los objetos,

se *desaprendió* y las relaciones humanas perdieron significado. El juego que propone García Márquez es irónico porque ya no se trata de perder las llaves, sino de que las llaves están ahí pero no sabes cuál es su uso y no le pertenecen a nadie, así como también ellos son extraños al espacio familiar que construyeron.

El ser humano se desarrolla en diferentes ambientes que constituyen lo que de forma genérica llamamos la vida en sociedad. Desde el momento en el que se menciona el ambiente uno tiende automáticamente a disociarlo del ser, es la reacción común. Aquí vamos a analizar la relación entre individuo y el ambiente sin oposición. El primer ambiente en el que nos desarrollamos es en el útero de nuestra madre, ahí adquirimos genética, instintos, emociones. El cuerpo de ella es nuestro primer espacio vital, su yo es nuestro yo. Esa comunidad se mantiene unida a través de la herencia cuando el recién nacido cobra autonomía anatómica y fisiológica. “Los genes son los que permiten que la mente aprenda, recuerde, imite, cree lazos afectivos, absorba cultura y exprese instintos. Los genes no son maestros de títeres ni planes de acción. Ni tampoco son solamente los portadores de la herencia. Su actividad dura toda la vida; se activan y desactivan mutuamente; responden al ambiente” (Ridley, 2004, p. 14). No existe determinismo genético ni cultural sino una relación permanente o bivalente. Nuestra primera audición proviene de la voz materna y del ambiente en el que ella se desenvuelve.

El cuerpo es un todo, no existe frontera entre el cerebro y el corazón. Las emociones, las sensaciones tienen razón de ser a través de la percepción. Mary Douglas desarrolla una teoría convincente acerca de la importancia del cuerpo en continuidad indisociable con la sociedad: “Así como es verdad que todo puede simbolizar al cuerpo, asimismo es verdad (y en mayor medida por la misma razón) que **el cuerpo puede simbolizar todo lo demás**. Partiendo de este simbolismo, que, al eliminar las distintas capas del significado interior, lleva **finalmente a la experiencia del yo con su propio cuerpo** el sociólogo se justifica por intentar trabajar en la otra dirección, con objeto de poner de manifiesto algunos estratos de la intuición acerca de la experiencia del individuo en la sociedad” (Douglas, 1973, p. 165). Resalté con negritas la idea de que el cuerpo simboliza todo lo demás porque permite valorar al cuerpo humano en ambos sentidos, en lo que el ambiente cultural le reporta y a su vez en la misma construcción del ambiente cultural. Para el tema que nos ocupa, los recuerdos y el olvido, es

fundamental esta relación. Las personas pueden olvidar los grandes acontecimientos de su vida, pero su cuerpo guarda el valor simbólico que le reportaron. La costumbre es una forma de la intuición. La formación de hábitos requiere del tiempo; algunos pueden ser producto del placer y otros del deber; pero quedan en nuestra conciencia.

Los recuerdos de nuestra primera infancia, antes de que nuestra mente se desarrolle, son de quien forma parte de nuestra intimidad. Las experiencias compartidas, las historias de vida, la biografía del bebé son los recuerdos de los demás, la forma en la que ellos se representaron la personalidad del humano que recién empieza a formarse una conciencia de sí. Dice Roger Bartra que “La conciencia es el proceso de ser consciente de ser consciente.” En la génesis de la conciencia existe, por supuesto, un proceso evolutivo: “Creo que debemos aceptar que la transformación neural comenzó a tener consecuencias desde el momento en que un subgrupo de homínidos tuvo que enfrentarse a retos que superaban los recursos normalmente usados. No fue el azar de un juego de niños el que descubrió la habilidad de dotar a los objetos de un nombre” (Bartra, 2006, p. 34). Cuando se habla del nombre de los objetos y de las personas se refiere a un atributo fundamental de la mente, la capacidad de dotar de significado simbólico a nuestro ambiente y a nosotros mismos. Un hombre se lamentaba en el Facebook de que su esposa olvidó su nombre después de que vivieron juntos por 40 años. El nombre soporta una identidad cultural completa. Bartra menciona una enfermedad en el cerebro que consiste en un error de codificación de las señales que mandan nuestros sentidos, la sinestesia. Ocurre que quienes la padecen confunden señales visuales con olfativas o de otro tipo. Por ejemplo, menciona que una nota musical se puede transformar en un color azul cuando la persona se representa la imagen en la mente. Cuando la memoria pierde su funcionalidad los conceptos no sólo se entrecruzan, sino que se van perdiendo. Ahora, con el efecto que deja el llamado long Covid, algunos hemos vivido la experiencia de perder la capacidad de reconocer olores y sabores. El virus afecta temporalmente al cerebro y distorsiona la realidad. Resulta que los amantes de la Coca Cola encuentran que su sabor es desagradable. Y sí que recuerdan su sabor y la forma en la que la disfrutaban. Es moneda frecuente que cuando después de algunos años te encuentras de nuevo a una persona y no recuerdas su nombre lo disimules para no afectar la importancia que tuvo en tu vida.

El individuo adquiere personalidad y nombre en el entorno familiar. Ahí se establecen los primeros vínculos sociales. La cotidianidad nos va dotando de expresión verbal, gestual, sensorial. El individuo se reconoce como parte de la familia, obtiene identidad, aprende códigos. Las sonrisas, los guiños, las caricias modelan su conducta. La sociabilidad tiene sus normas: recompensas y deudas. La comunicación afectiva es una guía fundamental en la valoración de los acontecimientos que adquieren significado. Digamos que el hogar es una fábrica de recuerdos y un espacio de socialización de la cultura. “La cultura no puede existir sin la dimensión afectiva; **es universal pero sumamente diversa** y está necesariamente sujeta a condicionamientos socioculturales” (Ziri6n, 2018, p. 16). Esta premisa nos indica que la cultura es un bien de la naturaleza humana, cuya condici6n es ser sensible. Los aprendizajes, las experiencias que recordaremos a lo largo de nuestra vida, la representaci6n que nos hagamos, se inscriben en el mundo social. La forma en la que el individuo se percibe a s6 mismo no es independiente del conjunto de valores, principios y actos que lo formaron en su entorno cultural. El historiador franc6s Roger Chartier se ocupa de este tema y lo explica con claridad: “La historia cultural tal como nosotros la entendemos (y tal como este libro la practica) se opone punto por punto a esta perspectiva. Por una parte, considera al individuo, no en la libertad supuesta de su yo propio y separado, **sino en su inscripci6n en el seno de las dependencias rec6procas que constituyen las configuraciones sociales a las que 6l pertenece**” (Chartier, 1992, p. X). Pone el acento en las dependencias rec6procas como piedra angular de la definici6n del yo. Recordemos a la hija que se conduele porque perdi6 esa reciprocidad que recib6 de su mam6 a quien consideraba su confidente. La falta de memoria implica la p6rdida de la comunicaci6n y, en este caso, la presencia del sufrimiento.

La vida cotidiana va dejando se6ales en el ambiente y en la memoria. Conforme vamos adquiriendo conciencia tratamos de alejarnos del sufrimiento, aprendemos a controlar las emociones, decidimos, no siempre de una forma consciente, lo que queremos recordar. Este proceso de autoformaci6n y afirmaci6n de la personalidad est6 lleno de piedritas en el camino porque la tristeza, la alegr6a, el miedo, la ansiedad, la ira son componentes emocionales permanentes que se alimentan de sentimientos muy profundos como la idea de libertad, soledad o plenitud. Al respecto, Roger Bartra reconoce la aportaci6n de Antonio Damasio: “Supone [Antonio Damasio], me parece que acertadamente, que las estrategias sociales y

culturales evolucionaron como una manera de enfrentar el sufrimiento en individuos dotados de notables capacidades memorativas y predictivas [...] Al dolor sigue un estado emocional que se experimenta como sufrimiento. El dolor es una palanca para el despliegue adecuado de impulsos o instintos, explica Damasio” (Bartra, 2006, p. 35).

El ser humano tiene la capacidad de recordar y de predecir para evitar cometer los mismos errores. Este enfoque resalta el aspecto positivo de la memoria. En contraparte, y en un contexto literario, que, por supuesto, no tiene el interés de responder a la premisa anterior, Borges afirma que no existe la técnica del olvido. A él le apasiona la imposibilidad de olvidar aquellos sucesos o personas que te hacen sufrir. Las malas experiencias que hemos vivido también nos definen.

Cada comunidad, cada persona, recurre a diferentes herramientas que encuentra en su medio para lograr cierto confort. Hay un conjunto de respuestas morales y éticas que utilizamos para mantener a salvo nuestra conciencia. Así como existen lazos de solidaridad, también se dan relaciones egoístas. Pensamos en lo que es mejor para nosotros mismos y muchas veces olvidamos lo que es mejor para los otros. Exigimos que ellos recuerden lo que es para nosotros importante no con el mismo ahínco con el que podríamos exigir que recordaran o no olvidaran lo que es mejor para ellos.

Cómo resolvemos el dolor, de qué manera nos alejamos de las ideas que nos lastiman, qué tenemos a nuestro alcance para seguir adelante. Bartra propone lo siguiente: “A fin de cuentas el sufrimiento es el resultado de una carencia, una ausencia, una privación. En estas condiciones el organismo siente la necesidad de sustituir los recursos que le faltan: no sólo agrega un estado emocional propicio, sino que además acude a los mecanismos simbólicos y cognitivos que residen en su cerebro como pechinas y enjutas alojadas sobre los arcos de la arquitectura neuronal” (Bartra, 2006, p. 36). Estos mecanismos simbólicos y cognitivos son como el brebaje que Melquiades lleva a Macondo para que recuperen la memoria y se acabe la peste del insomnio.

Cuando la memoria falla y se pierden los recuerdos de aquellos acontecimientos que fueron importantes en la vida afectiva de las personas, los hábitos y el espacio en el que se originaron y recrearon actúa como estímulo corporal y restituye, en medida de lo posible, la memoria de quien uno es. La conciencia de sí es incompleta, se perdió la historia biográfica, los nombres, las personas, los objetos aparecen y desaparecen, por lo tanto, el presente resulta confuso, sorprendente. Es la vida un presente continuo y la memoria captura el pasado y el porvenir a través de la imaginación. Si el presente es difuso, también lo será el pasado y el futuro.

Los gestos, los movimientos corporales, los lugares recurrentes actúan con cierta independencia de la memoria reflexiva, de la dimensión completa del momento vivido, y ocupan el lugar de los recuerdos. Y, aun así, en un proceso paulatino que lleva a la pérdida total de la memoria, nadie se salva del juicio crítico del otro, del que espera una relación recíproca. Se sostiene la relación íntima; pero a través de una especie de sobreposición de identidades: yo te muestro tus recuerdos a través de la música, de los objetos, de las fotos, de las costumbres, de mis propios recuerdos de experiencias compartidas, con una intención simple: no olvides quién soy para ti, guárdame en tu mirada, no la quiero vacía.

2. La conceptualización de la memoria

2.1. Las redes de la memoria

En el seminario *Análisis explicativo I* se me propuso trabajar con una técnica sencilla que consiste en solicitar a un grupo de personas que, de primera intención, mencionen los conceptos que asocian con una determinada categoría. Las palabras contienen información, se entienden como parte de un sistema conceptual. El lenguaje que pensamos y articulamos se constituye de recuerdos. El signo y su forma iconográfica adquieren una multiplicidad de formas en nuestra memoria.

Se contactó a veintiocho personas de la Ciudad de México, de distintas edades, grados académicos y ocupación. Se solicitó que elaboraran listas libres de diez conceptos que asociaran con la memoria. La mitad de ellas tienen licenciatura, cinco tienen posgrado y el resto preparatoria y secundaria. La mayoría tienen entre 18 y 24 años. No todas dijeron el número de palabras especificado, varias de ellas dijeron menos, pero nadie dijo más. En total resultaron ciento cincuenta y cinco conceptos diferentes, los cuales se clasificaron, cuantificaron y relacionaron para formar una Matriz de similitud.

Cada lista de conceptos se capturó en una base de datos, luego se les comparó para observar los conceptos que se repetían y se les adjudicó un valor numérico, posteriormente se les agrupó en una matriz por el número de frecuencia. De las veintiocho listas se pudo observar conceptos que fueron más mencionados y se les dio la mayor jerarquía o el mayor valor numérico. También se revisó, entre los conceptos más mencionados, qué otros conceptos con frecuencia importante mencionaron las mismas personas. En ese momento se descartaron los conceptos que solo se mencionan esporádicamente y se dejaron los que fueron mencionados por un grupo significativo de personas. Posteriormente, se formó un conjunto de nodos centrales y otros dependientes, en función de quiénes los mencionaron de conjunto y de su jerarquía o frecuencia numérica. El objetivo de este ejercicio fue observar la relación intrínseca de las palabras, y su dependencia; o lo que es lo mismo, su dinámica en la conceptualización de la memoria.

El análisis formal de los conceptos asociados con memoria ofrece información de la forma en que las personas que participaron en la elaboración de las listas libres organizan su conocimiento sobre la memoria. En algunos casos, un participante hizo énfasis en la memoria y los afectos, otro en la memoria y las situaciones importantes en su historia individual, uno más organizó sus conceptos en función de una lógica y una congruencia exigentes con su propio modelo cognitivo. Todos muestran un enfoque que corresponde a un modelo de entendimiento personalísimo que, una vez combinado en una Matriz de similitud, adquiere un carácter general. La Red gráfica es un esquema del orden en el que algunas personas refieren su conceptualización de la memoria.

Para poder realizar la red gráfica se identificaron los conceptos que habían sido mencionados a la par de otros y después se clasificaron en columnas y se colorearon dando lugar a las secciones correspondientes a la siguiente imagen.

Matriz de similitud

	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S
1																			
2	Recuerdos																		
3	Mente	3																	
4	Cerebro	1	3																
5	Experiencias	4	1	0															
6	Pasado	5	3	0	2														
7	Retener	3	1	1	0	2													
8	Historia	1	2	1	0	0	0												
9	Nostalgia	1	2	1	0	1	1	0											
10	Información	1	2	2	2	1	1	0	2										
11	Olor	1	1	1	0	0	0	2	0	0									
12	Momentos	1	2	0	1	0	0	0	0	0	0								
13	Habilidad	0	2	0	0	0	1	0	1	2	0	0							
14	Lenguaje	1	1	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0						
15	Asociación	0	2	1	0	0	0	1	0	0	1	0	1	0					
16	Amor	1	0	0	2	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0				
17	Saber	1	0	0	1	0	0	1	1	0	0	0	0	1	0	0			
18	Conocimiento	1	1	0	0	1	0	1	1	0	1	0	0	0	1	0	1		
19	Alzheimer	0	1	1	0	0	0	1	1	0	1	0	0	0	1	0	1	2	
20																			

Figura 1: Matriz de similitud

La red gráfica que se analizará tiene la ventaja de que la cuantificación no solo muestra magnitud, sino que también muestra los diferentes circuitos que conforman los conceptos y que nos permiten visualizarlos a través de la forma en la que se relacionan. Esta técnica permite observar un núcleo principal de categorías y conjuntos secundarios que van ocupando un lugar en el espacio y los sitúan a través de diferentes concordancias. El análisis permite realizar observaciones dinámicas.

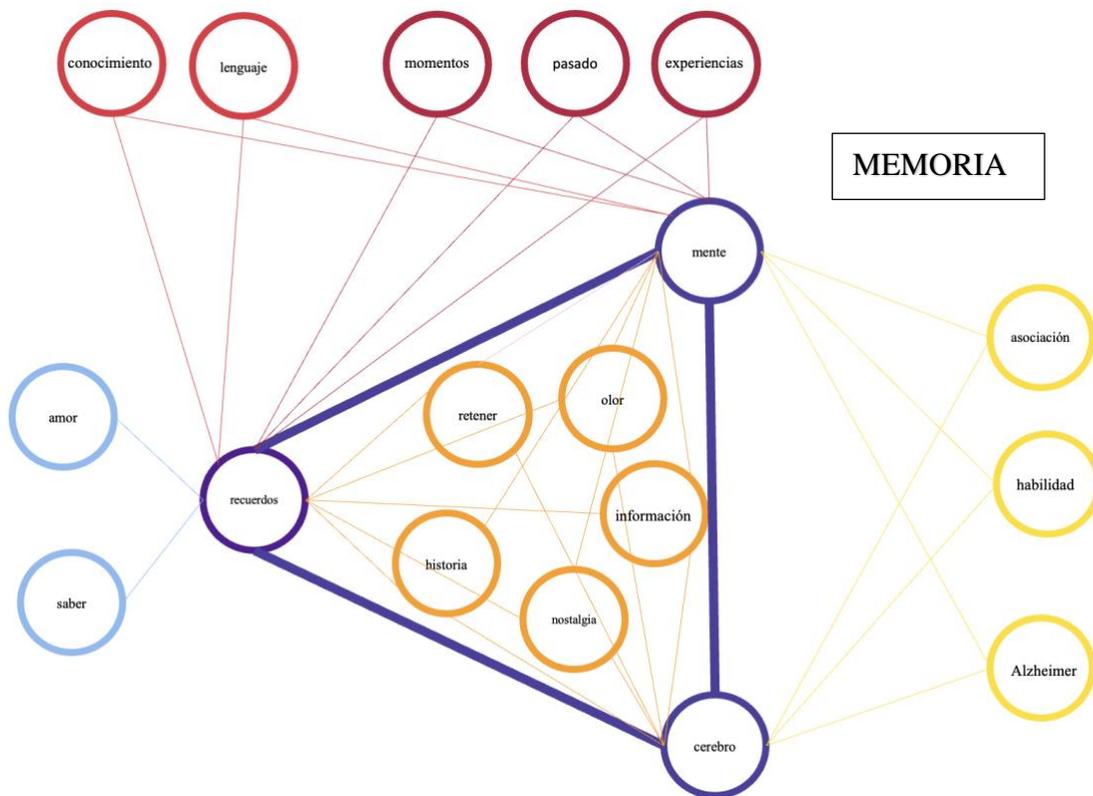


Figura 2: Gráfica de redes

La gráfica de la Matriz de similitud muestra dieciocho conceptos asociados con la categoría memoria. Las tres categorías centrales fueron *cerebro*, *mente* y *recuerdos* los cuales configuran el proceso fundamental de la memoria. Están representados en el circuito triangular (color morado) que contiene, a su vez, por también haber sido mencionados, *retener*, *olor*, *información*, *nostalgia* e *historia* (color naranja). En el costado derecho y en relación con los conceptos *mente* y *cerebro* (se excluye *recuerdos*) se mencionan las palabras *asociación*, *habilidad* y *Alzheimer* (color amarillo); en el izquierdo, *amor* y *saber* (color azul) en relación exclusivamente con la palabra *recuerdos*. Existe un último subgrupo en la parte superior de la red de *memoria* en concordancia con *mente* y *recuerdos*: *conocimiento*, *lenguaje*, *momentos*, *pasado* y *experiencia*. Es conveniente mencionar que, aunque estas cinco palabras obedecen a la misma relación se colorean las primeras de rojo y las segundas

de vino porque pueden configurar subconjuntos independientes dado que se pueden asociar con distintas categorías. *Conocimiento y lenguaje* fácilmente se implican con educación y cultura; *momentos, pasado y experiencia* son asimilables a la concepción del tiempo.

De ciento cincuenta y cinco conceptos, solamente dieciocho se repitieron en el conjunto de las listas libres.

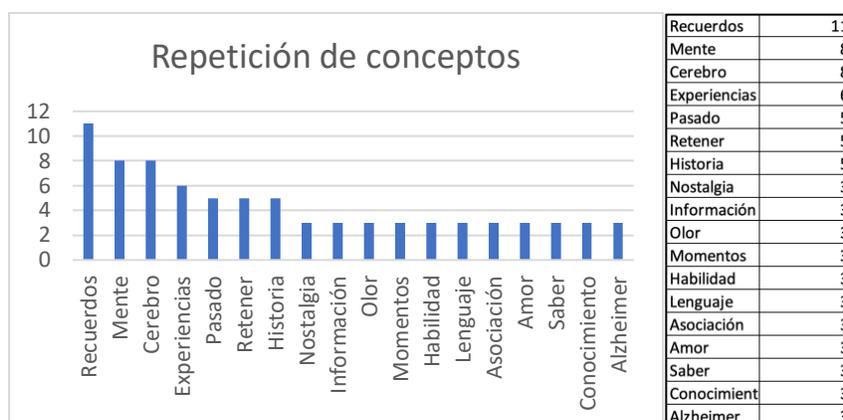


Figura 3: Gráfica y tabla de conceptos

Como se puede observar, el concepto más relevante fue *recuerdo*, el cual fue mencionado en once ocasiones y mantiene una relación con el resto de los conceptos de máxima jerarquía. La popularidad del término indica una forma de identidad con la conceptualización de memoria, también muestra una identificación con el órgano fisiológico del que surgen los *recuerdos*, el *cerebro* y su función principal que es la *mente*.

Para poder determinar, tan solo a partir de estas listas libres, la razón de ser de este grupo central de conceptos que arrojó el análisis de la matriz de similitud es necesario seguir la ruta que se va derivando del resto de conceptos y observar cómo se van separando y reintegrando. No es posible comprender o explicar la relación de causalidad de manera aislada sin caer en

una interpretación hasta cierto punto aleatoria. Por lo tanto, se va a realizar un ejercicio acotado en función de la dinámica propia de los conceptos

A partir de los nodos *cerebro*, *mente* y *recuerdo* surgen las distintas clasificaciones de cómo las personas conceptualizan a la memoria. La memoria se relaciona naturalmente con una función del cerebro. El *olor* puede tener distintas apreciaciones. Tanto como un disparador de recuerdos, es decir, que el *olor* remite a recuerdos repentinos, los cuales se relacionan con las emociones, en consecuencia, tienen un valor significativo, como un recuerdo en sí mismo. Al igual que el *olor*, la *nostalgia* tiene un componente emocional porque está relacionado con las relaciones afectivas y con el sitio en el que se recuerda.

Llama la atención que el olvido no fue mencionado en las categorías principales, pese a ser fundamental en la memoria. Eso indica que cuando piensan en memoria la conciben como un conjunto de recuerdos que permanecen en la mente, ello no significa que no reconozcan el olvido como parte del proceso mental, sino que lo separan por oposición. En primera instancia, resulta curioso encontrarse con el Alzheimer en esta sección, sin embargo, al adentrarse en su significado se clarifica su posición en el esquema. El olvido es la noción principal que tienen las personas de este padecimiento. Naturalmente, la complejidad de la enfermedad va más allá de esta palabra, no obstante, el olvido juega un papel fundamental en el pensar de los individuos para su definición. En cierta medida, aunque el olvido no aparezca en ninguna sección del esquema es posible correlacionarlo. No se le observa como parte de la memoria y, en este caso, se ve como un problema de recuperación de información.

En la sección izquierda del diagrama las palabras que se relacionan con recuerdo son amor y saber. Los sentimientos y el conocimiento ocupan un lugar en la conceptualización de la memoria.

Los conceptos que se relacionan con *recuerdos* y *mente* son: *conocimiento*, *lenguaje*, *momentos*, *pasado* y *experiencia*. Todos los conceptos se alojan en la mente y corresponden a un proceso de vida personal. Los conceptos contorneados en vino son un componente del

tiempo porque forman parte de los recuerdos y estos no pueden existir sin la dimensión temporal.

Al estar la noción de conocimiento relacionada con la de lenguaje se puede inferir que le están dando un enfoque pedagógico a los recuerdos. Si bien en las relaciones anteriores aparece información y saberes como parte de los conceptos que se relacionan con mente y recuerdo (aunque información también incluye cerebro), ahora resalta el conocimiento como un proceso específico que se acompaña del lenguaje y por tanto tiene un carácter formativo.

2.2. La memoria como categoría formal

Mente, cerebro y recuerdos son componentes de la memoria humana e involucran una noción más general relativa a la conciencia. El ser humano es consciente de sí, una videoconsola, un ordenador, son objetos complejos con múltiples tarjetas de memoria, con chips, con discos duros que conservan información y la transmiten a solicitud de un conjunto de programas y a través de un lenguaje específico o sistema operativo; pueden almacenar información, transformarla en conocimiento, e incluso generar aprendizajes, pero no tienen conciencia de sí.

Quizá se pueda ejemplificar este fenómeno con la serie de ciencia ficción *WestWorld* (2016) de Jonathan Nolan y Lisa Joy, producida por HBO Entertainment. La primera temporada transcurre en un parque de atracciones ficticio con temática del Viejo Oeste. El lugar se encuentra habitado por androides, sin embargo, los seres humanos tienen acceso a él, por un tiempo determinado, a cambio de una remuneración para los creadores del parque. Los visitantes pueden realizar cualquier acción que deseen sin repercusiones físicas ni morales. Aquellos juicios y delitos que fuera del mundo virtual serían condenados gravemente, se desvanecen. Para que esto sea posible cada androide tiene una narrativa preestablecida de acuerdo con las acciones que debe realizar, ya sea dentro de su propia historia, como al tener una interacción con los seres humanos.

Las narrativas tienen tiempo de expiración, al terminar el día, los androides olvidan lo que vivieron y la misma historia vuelve a comenzar, empero, para ellos es la primera vez que se experimenta. Se pueden realizar adecuaciones y cambios de trama, pero es fundamental que no recuerden lo que han vivido porque si lo hicieran, tendrían conciencia de sí y eso significaría que no podrían ser moldeados conforme al gusto de las personas. Existe una excepción, Dolores Abernathy, la anfitriona con más antigüedad en el parque, quien empieza a tener recuerdos de narrativas pasadas. No solo la diferencia del resto de los anfitriones, su tiempo de vida, sino su capacidad de sentir emociones. Mientras transcurre la serie y el personaje va obteniendo más datos que le permiten conocer su pasado, decide revelarse.

Llega un punto en el que es consciente de que toda su vida ha sido preestablecida por un ser humano, pero eso no evita que siga sintiendo su pasado como suyo y como parte de quién es.

El pasado se compone de diferentes aspectos, entre ellos los recuerdos. Es gracias a ellos que conformamos un criterio de quiénes somos y de las acciones que estamos dispuestos a realizar. Aquellos androides que viven una misma situación en reiteradas ocasiones pierden la posibilidad de generar nuevas ideas y acciones, se convierten en una marioneta más del titiritero cibernético. Su pasado y futuro está condenado. Dolores, al poder recordar más allá de lo que tenía permitido, genera una imagen de quién es, empieza a dudar del actuar de los demás, pero incluso al ser consciente de que el pasado que ahora recuerda no fue el que ella eligió, no deja de considerarlo como parte de aquello que la configura. Al mismo tiempo, al tener información de que son los humanos quienes la controlan, es que quiere revelarse para remediarlo y poder ser únicamente ella quien elija su futuro, y, por lo tanto, su historia.

El valor de los recuerdos personales, la identidad simbólica que desarrolla el ser humano como parte de un entorno cultural es un componente fundamental de su conciencia. Dolores tiene conocimiento, momentos de su historia que se repiten, emociones como la nostalgia y el amor; también posee un cerebro con habilidades de asociación y una narrativa que puede ser reescrita o borrada; no obstante, llega a obtener una conciencia o una identidad hasta que se entera de su origen. La experiencia de vida, la historia real viene acompañada en el ser humano de una memoria compleja que se convierte en su razón de ser, en su patrimonio personal.

El especialista en inteligencia artificial, el físico Roger Penrose, en su *libro Las sombras de la mente. Hacia una comprensión científica de la conciencia*. Ofrece una distinción interesante entre la conciencia humana y la inteligencia artificial que es útil para el propósito de este apartado: “Los significados pueden ser comunicados de persona a persona solo porque cada persona es consciente de experiencias o sensaciones internas similares sobre las cosas. Uno podría imaginar que las «experiencias» son simplemente cosas que forman parte algún tipo de almacén de memoria que registra lo que ha sucedido, y con el que podría estar fácilmente equipado nuestro robot. Pero yo estoy manteniendo que no es así, y que es crucial

que el objeto en cuestión, sea humano o robot, debe ser realmente consciente de la experiencia” (Penrose, 2007, p.69).

La memoria humana es parte de un proceso biológico y cultural complejo, como lo son las personas. Una forma de verlo es comprender al hombre como un animal simbólico, lo cual, en este caso, implica que sus recuerdos y olvidos vienen marcados por el valor que les adjudicó en su experiencia individual y social. Aparentemente el resultado de la Matriz de similitud camina por la interpretación de la memoria computacional, sin embargo, conforme avanza el análisis y salimos del nodo principal, se puede observar que se van acercando a una explicación de la memoria también asociada con el valor de lo sensorial, de la experiencia, de la historia y del conocimiento como un hecho individual.

Los recuerdos también son considerados en la Matriz como un acervo de saberes que forman la memoria del individuo. Los saberes desde un punto de vista antropológico no se refieren simplemente a información o conocimiento adquirido a través de un proceso de aprendizaje dirigido, sino que incorpora un conjunto de habilidades que el individuo desarrolla en función de su propia experiencia personal que lo sitúa dentro de su comunidad.

“[...] ¿cómo se estructura el yo con el ejercicio de la actividad consciente? Esta capacidad la describimos como un saber acerca de nosotros mismos y de nuestra situación en el mundo. [...] no hay que identificarlo con conocimiento abstracto ya que ese apercibirse siempre está coloreado por un tono emotivo y afectivo que remite a la totalidad orgánica que somos. [...]” (Álvarez, 2001, p. 95).

Resulta interesante que en la cita anterior se mencione la importancia de los saberes y la emotividad porque en este nodo resultó el saber acompañado del amor. Una vez que se realizó la Matriz, se decidió no incorporar un conjunto de conceptos que solamente habían sido repetidos dos veces con la intención de que se pudieran mostrar en la gráfica en un tamaño visible; no obstante, aparecieron mencionadas palabras relacionadas con las emociones en la relación con la memoria: felicidad, sentimientos, odio, tristeza, miedo. Las emociones y los sentimientos tienen una función importante en la memoria. En una primera impresión, la red

conceptual que se analiza aquí reveló que, si la categoría cerebro se elimina de la relación, entonces los recuerdos adquieren un valor emocional, no obstante, también se puede interpretar como una clasificación de correspondencia entre el cerebro como órgano fisiológico, la mente como su función y la memoria como atributo.

¿Son experiencias intactas los recuerdos?, ¿quedan almacenados tal y como ocurrieron? El ser humano recuerda a partir de aproximaciones, sin embargo, independientemente de lo diáfano que pueda ser un recuerdo, lo concibe como certero, esto le permite tener seguridad respecto de quién es y de lo que sabe. Su forma de pensar cambia conforme adquiere experiencia y surgen nuevas reflexiones. La interpretación que hace una persona de un recuerdo parte de la madurez y conocimiento que tiene en el momento, por lo tanto, si estas variables cambian es probable que también cambie la interpretación. Una experiencia que en su momento pudo no parecer significativa, el paso del tiempo pudo adquirirla. La experiencia no se transforma, pero sí se puede transformar el efecto y el impacto, de tal suerte que el recuerdo también será diferente. Siguiendo esta lógica de pensamiento, también puede suceder que no se tenga recuerdo de una situación la cual en su momento no se consideró significativa, no obstante, con la forma de pensar actual sí se hubiera elegido una experiencia que valía la pena recordar. Antonio Damasio dice respecto a esto: “Todos nosotros tenemos experiencia directa de que cuando rememoramos un objeto dado, o cara, o escena, no obtenemos una reproducción exacta sino más bien una interpretación, una versión acabada de reconstruir del original. Hay que añadir que, a medida que nuestra edad y experiencia cambia, las versiones de la misma cosa evolucionan” (Damasio, 2006, p. 124).

En los nodos de mente y recuerdos se encontraron las categorías de conocimiento y lenguaje, esta dupla indica un enfoque pedagógico porque uno de los aspectos más interesantes de la mente humana es la capacidad que ha desarrollado para crear símbolos de carácter abstracto que le ayudan a entender, explicar y comunicar todo lo que aprende: la lengua. El lenguaje es entonces la llave maestra de nuestro pensamiento abstracto. La a o la z son signos únicos en nuestra mente que se unen a otros signos para formar una mentalidad compleja.

Sin embargo, es importante tener presente que “[...] el lenguaje no puede ya ser considerado como la expresión transparente de una realidad exterior o de un sentido dado previamente. Es en su funcionamiento mismo, en sus figuras y sus acuerdos, como la significación se construye y la “realidad” es producida (Chartier, 1992, p. IV).

Como consideración general de este apartado, se puede afirmar que la red de conceptos y su dinámica son un indicador con valor nominal y formal que fue posible describir con el apoyo de una entrevista con preguntas abiertas que se les realizó también a las veintiocho personas que elaboraron sus listas libres. El lenguaje y los conceptos siempre se entienden en sus relaciones recíprocas y en los sistemas que configuran; pero nunca es suficiente su enunciación para establecer una explicación completa. Es por eso, que en esta investigación se aborda la importancia del lenguaje y las palabras en diferentes dimensiones, digamos que el texto siempre requiere del contexto y no se basta a sí mismo, por lo cual, es relevante también acercarse al valor de las palabras a través de la concepción que el individuo concreto tiene de ellas.

La preeminencia del lenguaje como atributo de los recuerdos y como alegoría del conocimiento va a ser tratado en el siguiente apartado a través del análisis del cuento de Jorge Luis Borges, *Funes el memorioso*.

3. La importancia del olvido y la memoria total

En el apartado anterior se hizo incapié en la pérdida total de la memoria, en este apartado se realiza el ejercicio contrario: la adquisición del conocimiento total o de la memoria total. Como esta condición no es posible, será a través de un personaje de ficción que se haga una valoración de la importancia del olvido. Imaginar situaciones ficticias o limítrofes sobre la capacidad de la memoria ayuda a dimensionar la importancia del equilibrio entre lo que aprendemos o lo que sabemos y lo que olvidamos; también es útil para explicar el valor desproporcionado que culturalmente adjudicamos a las personas memoriosas o a los recuerdos.

La memoria incluye todo tipo de experiencias, satisfactorias e insatisfactorias, que determinan la historia de vida de una persona. Cuánta satisfacción nos pueden dar los recuerdos y cuánta los olvidos, o viceversa, cuánto dolor, es una preocupación natural en el ser humano. Cómo librarnos de los tormentos y cómo preservar la satisfacción o el bienestar a través de un esfuerzo individual de ponderación mental, a través de la definición de los recuerdos que queremos preservar, los que deseamos adquirir y los que queremos olvidar. Cambiar la memoria es un proceso complejo, interviene la voluntad, pero siempre mediada por el paso del tiempo y su irreversibilidad. Para obtener una primera impresión de este fenómeno tan complicado se analiza a otro personaje cinematográfico de la película *El efecto mariposa*, a un joven que está dispuesto a reescribir su vida para corregirla, para subsanar sus errores, para evitar el daño que le causaron, se causó a sí mismo y a los demás.

Finalmente, se trata, a manera de conclusión, la conciencia sensible. Memoria, recuerdos y olvidos forman nuestra conciencia, es conveniente terminar este estudio explicando su relación.

3.1. ¿Son deliberados el recuerdo y el olvido?

El antropólogo mexicano Antonio Ziri3n analiza la importancia del derecho al olvido en el individuo y en la sociedad. Marca la relevancia del olvido en concordancia con la importancia de los recuerdos, tal como la relaci3n entre el silencio y el sonido. Se hace algunas preguntas: “Entonces, si aceptamos que la memoria es selectiva, podemos preguntarnos si el olvido no tendr3 tambi3n cierto car3cter intencional. ¿Somos realmente libres de olvidar? ¿Podemos olvidar deliberadamente? Tal como la memoria, el olvido es una funci3n natural ¿pero de igual forma puede ejercerse y estimularse voluntariamente?” (Ziri3n, 2010, p3rr. 7).

Ziri3n introduce un enfoque primordial, la libre elecci3n, esta capacidad que nos hace m3s humanos, como explica el fil3sofo espa3ol Fernando Savater. As3 como elegimos qu3 recordar, elegimos qu3 olvidar. La libertad siempre es relativa al medio social, a las contingencias, a las certidumbres, a lo placentero y lo doloroso. La memoria es selectiva por definici3n; la percepci3n tambi3n lo es. Pensemos, por ejemplo, en una persona que recorre una estanter3a para localizar un determinado producto y, para hallarlo, se ve en la necesidad de ver acorde a la velocidad en que camina sin detenerse. En el trayecto ir3 discriminando gran cantidad de informaci3n hasta que sus ojos identifiquen las caracter3sticas m3s llamativas del producto que requiere. En todo momento nuestros sentidos est3n realizando una elecci3n relativa a la posici3n que ocupamos, a nuestros intereses y a las posibilidades que nos brinda el entorno o el espacio. La f3sica de los ojos es interesante, dado que vemos con dos ojos, tenemos dos perspectivas que el cerebro sintetiza en una imagen cuando llega a nuestra mente. No existe algo tal como una reproducci3n exacta o fidedigna de la realidad en nuestra mente, a lo m3s existe una representaci3n, una imagen. “El ambiente imprime su marca en el organismo de varias maneras. Una es mediante el est3mulo de la actividad neural en el ojo (en cuyo interior est3 la retina), el o3do (dentro del cual est3 la c3clea, un dispositivo sensor del sonido, y el vest3bulo, un aparato sensor del equilibrio) y la infinidad de terminales nerviosas en la piel, papilas gustativas y mucosa nasal. Las terminales de los nervios env3an se3ales a puntos de entrada circunscritos del cerebro, las llamadas cortezas sensoriales, iniciales o tempranas de la visi3n, el o3do, las sensaciones som3ticas, el gusto y el olfato” (Damasio, 1991, p. 113). La percepci3n se acompa3a de la recepci3n de im3genes y el

registro de ellas, por decirlo de una forma simple, se guía por el instinto, las emociones, los sentimientos y las ideas que conforman el pensamiento. Hay experiencias o acontecimientos en la vida que dejan felicidad y queremos mantener en nuestra mente, nunca olvidarlos, elegimos recordarlos y cada que tenemos oportunidad los recreamos en nuestra memoria. De igual modo, hay acontecimientos dolorosos que queremos olvidar. “El olvido ayuda a sanar, a superar y dejar atrás determinadas circunstancias para poder seguir adelante. Olvidar puede considerarse un mecanismo de defensa y una estrategia de supervivencia” (Zirión, 2010, párr. 8).

Ordinariamente se ven los recuerdos como signo de pertenencia y el olvido como símbolo de desapego emocional. La percepción de uno mismo a través de los recuerdos, la percepción de los otros a través del olvido. Es necesario descartar el olvido como alegoría del desprecio, de la ignorancia, cambiar su connotación.

3.2. La condena de Funes el memorioso

Recordar; muchas veces considerado glorioso, otras considerado laudable y qué tanto considerado aterrador. El pensamiento fugaz parte de justipreciar la capacidad de memorar como una cualidad y que mientras más desarrollada esté mejor. Similar a la mirada común que se tiene de la inteligencia, difícilmente alguien pudiese apreciar esta capacidad vehemente como un suplicio. Vale decir, que el empleo de estas palabras en conjunto no es un accidente, aunque quizá debiese serlo. Lo estupendo de la magnificación es que abre las puertas a la comprensión del valor del recuerdo y el olvido en la memoria y permite observarlos como complementarios, al mismo tiempo que deja a un lado la percepción loable del pensamiento fugaz. Esto es demostrado por Jorge Luis Borges en su cuento publicado en 1942, *Funes el memorioso*.

El objetivo del narrador es presentar a Ireneo Funes, un personaje que por un accidente fortuito adquiere una memoria infalible. Previo al accidente, su vida no tenía nada de alcurnia y su personalidad nada de petimetra, pero sí un halo jocoso. El narrador, todo lo contrario,

un hombre estudioso, literato, con conocimiento avanzado del latín. Su relato tiene datos precisos como las fechas en que estuvo en Fray Bentos, el momento y día de la última y primera vez que vio a Funes, el contexto de su primer encuentro, qué viento alentó una tormenta en el año 1884, diálogos que le llamaron la atención, entre otras descripciones más.

El narrador aprecia sus recuerdos porque es consciente del esfuerzo que significó poseerlos, tan es así, que cuando Funes le pide prestado un volumen de su colección de latín junto con un diccionario, le parece descarado, simplemente no le era posible concebir cómo alguien pudiese hacer semejante petición, seguro sería una persona que no fuese consciente de la dedicación que se requiere para comprender y analizar un libro en latín, se requiere más que un diccionario, se requiere un panorama cultural. No es hasta después que se encuentra con la ejemplar memoria de Ireneo, lo escucha hablar en latín y se queda anonadado, todo lo que a él le había costado una vida construir, Funes lo había conseguido en el mismo tiempo que le costó leerlo. No solo aprendió latín, además aprendió francés, inglés y portugués, y si no aprendió más lenguajes fue porque no lo deseó así. El aprendizaje del cuento es que el lenguaje no se puede entender de un día para el otro, ni tampoco borrar. Así como el narrador siente orgullo del conocimiento que tiene, Funes siente pesar, no existe esa satisfacción porque recordarlo todo no forma parte de un esfuerzo, pero no solo es eso, sino la incapacidad de elegir qué preservar y qué desechar, es una tortura. "Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras" (Borges, p. 4). De esta forma Borges se burla de todo aquel que pretenda o busque saberlo todo.

Ante la imposibilidad que tiene Funes de elegir el olvido, su conciencia, su individualidad, su vida se pierden dentro de una montaña de conocimiento. No es gozoso recordarlo todo sino tortuoso. "Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero." Para lo cual tuvo que recordar a la par lo que miró, sintió, escuchó y pensó. Un ser humano convencional no puede hacer eso, ni debiese querer hacerlo. Aún así, en muchas ocasiones no nos escapamos del pesar que pueden significar los recuerdos. A Funes le era difícilísimo dormir y aún cuando lo hacía no encontraba un verdadero descanso, pues sus sueños podían ser comparados con la vigilia de

los demás, por ello consideraba necesario imaginar el negro, ello le permitía lidiar con el agobio.

Cuando la memoria es perfecta, lo mismo que se ve con los ojos abiertos, se ve con los ojos cerrados. No poder dejar de recordar es cansado, Funes lo sabe, pero también nosotros lo hemos experimentado. Aquella vez que tuvimos insomnio y que no pudimos deshacernos de pensamientos que nos agobiaban y no fue hasta que logramos conciliar el sueño que nos fue posible librarnos de ellos. El olvido es una oportunidad para el descanso, todos en algún momento dado nos hemos querido librar de un recuerdo y nos creemos incapaces de conseguirlo. Funes dice que antes de tener el accidente y poseer una memoria infalible, olvidaba casi todo. El narrador intenta convencerlo de que no es así e incluso trata de demostrarle cómo sabía siempre la hora y su memoria de nombres propios, dando a entender que no minimizara su capacidad de recordar, sin darse cuenta que para él, ello no significaba un orgullo. De hecho, el cumplido hubiese sido el contrario, la añoranza de Funes radicaba en poder olvidar. Como Funes hay mucho que queremos olvidar y no podemos, así como la fotografía es un objeto que ayuda a recordar tenemos el sueño para olvidar.

A Funes “Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo; Funes, de espaldas en el catre, en la sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que lo rodeaban. (Repito que el menos importante de sus recuerdos era más minucioso y más vivo que nuestra percepción de un goce físico o de un tormento físico.)” (Borges, 1942, p.6). El sueño como distractor también lo mencionó José Arcadio Buendía cuando la peste del insomnio llegó a Macondo, prefería no dormir y aprovechar el tiempo, aunque, a diferencia de Funes, el olvido se instaló en su memoria. Es común que los niños también se resistan a dormir y no es hasta que caen rendidos por el cansancio que se duermen porque aún no tienen conciencia de la ventaja que les reporta el descanso. En el nocturno logramos relajar el cuerpo, soñamos y mientras el cuerpo descansa el cerebro se ocupa también en organizar, desechar o guardar memoria de las experiencias del día. Es por eso que al día siguiente nuestra mente se encuentra despejada. Se da un proceso de discriminación natural de información.

Volvamos al cuento. El narrador siempre fue consciente del valor de los recuerdos, porque sabía con certeza lo que significaba aprender, pero no fue hasta su experiencia con Funes que aprendió el valor del olvido, delatado por los gestos que hizo a causa de los relatos que lo abrumaron, los cuales Funes no olvidaría jamás.

A Ireneo se le ocurrió nombrar los números a su gusto, consideraba que el exceso de palabras era inútil, cuando bien se podía pensar en un número sin la necesidad de emplear tantas vocales, aunque el narrador intentó explicarle el sentido matemático que los números tienen, él decidió no prestar atención. El lenguaje matemático no difiere en cuanto a importancia con otros lenguajes, además de que existe un por qué está organizado de la forma en que lo está, existe un conocimiento generalizado que permite que pueda existir una comunicación eficaz. Funes quiere inventar su propia versión desconsiderando por completo el pasado. La razón por la que él puede hacer esto es porque no se le va a olvidar. Él puede emplear la palabra que quiera para referirse a un número y aún así va a ser perfectamente consciente de lo que está pensando. Si los números pudiesen tener una utilidad específica a él le es indiferente, pues el uso que él les da no lo requiere. El problema está en que si decide utilizarlos con alguien más, para esta persona no será comprensible y ¿qué sentido tiene?

Cuando realizamos el análisis de una situación o un texto solemos discriminar información con el fin de hacer la mejor relación posible con aquello que consideramos lo más importante, buscamos relacionar y sintetizar para llegar a una conclusión. No podríamos hacer esto si fuéramos como Ireneo Funes, porque al tener toda la información disponible tardaríamos un tiempo inmensurable en sistematizarla y relacionarla y ello solo si se tratase de un tema específico. En el texto se observa claramente cuando Funes dice que no habría acabado siquiera de clasificar todos los recuerdos de su niñez. Esto da cuenta de la importancia del olvido, cuántas veces no hemos pensado que quisiéramos recordar tal cual las cosas para realizar una mejor interpretación y no tener una conclusión parcial de lo que sucedió conforme a lo que creemos recordar, sin darnos cuenta de que ello no sería posible ni satisfactor.

Los libros que hemos leído, las películas que hemos visto, momentos de cariño y de decepción que hemos vivido ¿cuántos de ellos quedan en nuestra memoria? Hacemos un esfuerzo por preservar aquello que consideramos valioso, algunos de nuestros recuerdos nos causan regocijo, otros preocupación, y algunos más orgullo. Unos requirieron más esfuerzo que otros para quedar en la memoria. Aquellos que nos causan orgullo suelen estar relacionados con el aprendizaje y de este se busca dejar constancia, aunque todos los recuerdos se unen para conformar el tipo de personas que somos. Aprender un idioma implica más que aprender palabras, se debe conocer el contexto, comprender el lenguaje corporal de con quién te comunicas y viceversa, el tono de voz, los gestos, las posturas, entre otros. Es así porque la realidad cobra sentido a partir de un sistema de referencia. Si se traduce una palabra a otro idioma, no significa que esta significará y se empleará exactamente igual. Si no se tiene conocimiento de esto, la comunicación será ineficaz o ambigua. El lenguaje tiene un valor simbólico que se encuentra relacionado con el habla y el cuerpo. “Si se borra la especificidad del cuerpo para reducirlo al lenguaje, no queda más que un simulacro de lenguaje alejado de las sinuosidades de la vida corriente, un magnífico modelo formal pero sin utilidad para penetrar en los arcanos de la existencia” (Le Breton, 1999, p. 48). Los vínculos sociales y la comprensión de él se forman a partir de procesos históricos cuyo origen es particular. Esto hace que sea más significativo el conocimiento que tiene una persona, porque existe un esfuerzo individual, social y cultural. Respecto del cuerpo, vale la pena mencionar que las emociones y “los sentimientos son tan cognitivos como cualquier otra imagen perceptual” (Damasio, 1994, p. 189). No existe un cuerpo emocional dissociado de un cuerpo racional. La cognición es un proceso complejo en el que interviene todo el cuerpo y las experiencias corporales son un factor que ayuda en la deliberación. El miedo, concepto que también goza de una connotación negativa, es un componente valioso en la toma de decisiones porque permite que se dé una reacción química que nos activa. Por ejemplo, un bombero que debe decidir, en fracción de segundos, cómo controlar el fuego, va a tener en el miedo una puerta que le permite captar más información de la que captaría en otro estado emocional, para salvar su vida. La memoria corporal trabaja en comunidad con el pensamiento deliberativo. Las ideas, el pensamiento construido a través del lenguaje se sirve del cuerpo en sus determinaciones cotidianas. “Más que un cúmulo de recuerdos, la memoria es una especie de mapa cognitivo que nos guía a través de nuestra historia. Para que haya

memoria tiene que haber un sujeto dispuesto a navegar por ella, a detenerse y revivir algunos momentos, a recapitular ciertos episodios y otros no” (Zirión, 2010, párr. 3).

Chartier realiza una defensa del valor cultural del lenguaje: “Es sabido que el fundamento del “linguistic turn” propuesto a los historiadores de los textos y de las prácticas: mantener el lenguaje como un sistema cerrado de signos que producen sentido por el único funcionamiento de sus relaciones. De donde un doble corolario: considerar como impersonal y automática la producción de la significación, desembarazada de toda intención y de todo control subjetivos; pensar la realidad social como un ente constituido por el lenguaje, independientemente de toda referencia objetiva” (Chartier, 1992, p. IX). Funes pierde contacto cultural, es esclavo de sus recuerdos y no tiene tiempo para compartir sentido y significado con nadie. La historia de Funes también esconde una alegoría de la soledad porque el hombre vive ensimismado. Borges ha utilizado el recurso del lenguaje total o del conocimiento total también en su cuento *El Aleph*. No es éste el sitio para narrar la historia, baste sólo mencionar que en ese cuento un personaje descubre un punto exacto a través del cual se puede penetrar al conocimiento como totalidad. La exageración es un recurso literario valioso y también es útil para ponderar los excesos en las concepciones sociales que se tiene sobre la memoria y el conocimiento. Ireneo Funes goza de memoria total y cree que también de la libertad para inventar signos y símbolos que se expliquen por su propia estructura simbólica. La libertad implica al error, al desacierto, por eso dice Savater que cuesta trabajo elegir, porque una vez que la elección se ha realizado ya no te puedes librar de sus consecuencias; mientras que no elijas todas las posibilidades permanecen. “La historia cultural [...] Por una parte, considera al individuo, no en la libertad supuesta de su yo propio y separado, sino en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que él pertenece” (Chartier, 1992, p. X). Funes se apartó de la sociedad, se aisló en su memoria, perdió el derecho al olvido.

La memoria total no existe, ni siquiera en las grandes bases de datos computacionales; existe un conocimiento mayor o menor sobre el mundo que se expresa como parte de los aprendizajes individuales y culturales. Los hábitos, las tradiciones culturales, la ética, marcan nuestras prácticas sociales y les atribuyen valor y significado, por lo cual, ningún sistema de

conocimientos, sea o no lingüístico, es independiente, permanente y total. Las personas no somos fieles ni a nosotras mismas porque con el paso del tiempo nos transformamos y modificamos la percepción sobre nosotros y nuestro contexto. Un recurso fundamental a favor de los recuerdos son los hábitos, esos momentos cotidianos que nos acompañan el resto de la vida y que no nos abandonan, incluso cuando la memoria funcional deja de responder.

Es conveniente recuperar en la visión de la memoria total y el olvido total. El enfermo de Alzheimer vive un proceso doloroso de pérdida de memoria que, poco a poco, lo va separando de la sociedad y lo deja en la soledad y en el olvido. Cuando logra tener momentos lúcidos exige ser tratado de acuerdo con todas las convenciones sociales y culturales que le llevaron toda una vida aprender y exige reciprocidad. El saludo matutino no puede faltar, ese hábito fundamental de cortesía, esa muestra de atención y cuidado es un contacto emocional que ayuda a sobrellevar la enfermedad y le permite tener una dignidad dentro del seno familiar. Existe un vacío temporal y espacial, olvida justo que ya recibió el saludo, o el desayuno, o el cuidado requerido, pero mantiene firme en su memoria el hábito y no le pasa desapercibido. Chartier dice que “La apropiación tal como la entendemos nosotros apunta a una historia social de usos e interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los producen.[12] Prestar así atención a las condiciones y a los procesos que, muy concretamente, llevan a las operaciones de construcción del sentido [...]” Ya se comentaba en el apartado anterior la importancia del espacio en el que se realizan las prácticas, en el caso de los enfermos de Alzheimer es el hogar, y la construcción de sentido o significado. Los familiares viven la pérdida de la memoria, el proceso hacia el olvido, como deuda cultural y social. Ahora, desgraciadamente las personas con Alzheimer transitan hacia el olvido total, no obstante, sólo donde termina el ser acaba la noción de individuo.

3.3. Tienes suerte de no recordar

Antonio Ziri3n (2010) afirma que “Todo recuerdo es, de alg3n modo, una recreaci3n. Lo que recordamos y lo que no, lo que nos persigue recurrentemente y aquello que evadimos o intentamos olvidar, tiene mucho que ver con la afectividad y la carga emocional que acompa1a a los hechos y las experiencias que vivimos” (p3rr. 3). La forma en la que recreamos nuestra memoria genera diferentes escenarios, unos positivos y otros negativos que repercuten integralmente en el individuo y el concepto que se forma de su historia personal. Retener o dejar ir es una disyuntiva a la que nos enfrentamos ante un error, una p3rdida o un da1o: olvidar y pasar p3gina, o recordar y confrontar. La concepci3n que tenemos de nosotros mismos y la aceptaci3n social es parte estructural de nuestra memoria. Logros y derrotas reciben una sanci3n social y llevan a la felicidad o a la tristeza, al 3xito o al fracaso. Esta visi3n dicot3mica y man3quea ha sido un tema recurrente en la cinematograf3a. Revivir el pasado para dotar de un significado nuevo a los recuerdos o para modificarlos.

El filme dirigido por Eric Bress y Jonathan Gruber, *El efecto mariposa*, que se estren3 en las salas de cine en el a1o 2004, toca a fondo el tema de los recuerdos asociados con un trauma que se reviven a trav3s de un diario personal. Es la historia de un joven universitario que parti3 de su pueblo natal cuando era ni1o y dej3 atr3s a sus amigos despu3s de una serie de acontecimientos traum3ticos que vivieron. Ya en la universidad, encuentra su viejo diario y, con 3l, un medio para entrar en una especie de trance temporal o amnesia del presente que lo coloca en el tiempo y espacio que corresponde al acontecimiento que narra de la historia de su vida. Es un viajero del tiempo que vive un caos en su cerebro. Se dice que el aleteo de una mariposa en una parte del mundo puede generar un hurac3n en el polo opuesto. La met3fora que esconde el t3tulo se puede entender como si modificar un recuerdo puede cambiar toda la percepci3n de la conciencia de s3 mismo. Modificar es olvidar la realidad, vivir de un pasado que se adapta a tu trauma y no a tu presente. Imaginar una realidad alterna implica negar tus recuerdos, deformarlos hasta la p3rdida de sentido. Si una mente se afana en recordar y hacer justicia al pasado para que el da1o que le hicieron sane, se coloca en la irrealidad. Los recuerdos son algo m3s que peque1as notas ancladas en la mente, no se

archivan en sobres separados. En el cerebro hay una zona en forma de mariposa relacionada con la memoria, es la alegoría implícita en la película; así como la demencia de un hombre que fue mancillado en su niñez y recurre a un diario retrospectivo para modificar sus recuerdos y generar varias realidades alternas que eviten ese hecho trágico.

La historia empieza en una clínica psiquiátrica en la cual Evan, que es el personaje principal, corre y se esconde para lograr leer su diario y lograr un salto temporal. En uno de esos saltos se observa que Evan niño dibuja un asesinato y niega haberlo dibujado. Una interpretación posible de esa escena es que la mente del niño no se quiere hacer cargo de lo que siente y sus emociones lo trascienden. La madre lo lleva con un doctor, quien recomienda “monitorear la memoria de Evan” a través de la escritura de un diario. La escritura fija los recuerdos, pero no necesariamente la realidad sino la que uno imagina. La trama implica una crítica a la visión en la que decir o escribir cura, por el simple hecho del desahogo; no importan las ideas que almacenan los recuerdos, ni su realismo; no importa el olvido de la realidad de tu pasado ni la pérdida de sentido. “Vea si recuerda algo al día siguiente” dice el médico. ¿Es posible recordar lo que olvidaste? ¿Qué recuerdos existen en la memoria de manera latente? ¿recordar es trascender el dolor porque lo sabes? ¿Resignificar es aceptar el pasado?

La narración va de presente a pasado, cada intervención de Evan en el pasado modifica el presente. Conforme la película avanza las opciones de solución al trauma se van complicando porque lo que puede resultar benéfico para uno, perjudica la vida de los otros. El conflicto fundamental en la película es el abuso infantil propiciado y filmado por el padre de sus amigos. Evan es obligado a participar en un video pornográfico con su mejor amiga de la infancia, Kayleigh. En uno de los viajes al pasado nos muestran dos imágenes sucesivas: un niño escribiendo su entusiasmo por conocer a un padre de verdad, el de su amiga; un niño con un cuchillo en la mano, que no recuerda, enseguida la escena del video pornográfico. De un momento a otro, el niño perdió su inocencia y parte de lo que es o significa la conciencia infantil. Un trauma de esa magnitud no se olvida, se esculpe con cincel en la memoria y, lo que es peor, en el concepto de sí mismo que se trastoca. El niño del futuro es realmente el hombre que se está gestando en la mente del niño del presente. Perdió la confianza en una figura que lo guíe, en el papel hegemónico que la sociedad confiere a la figura paterna; tuvo

que afrontar su soledad, ante la falta de una madre efectivamente presente en su vida y ante la vergüenza, el miedo y el odio que existe en su mente, que ahora cree, está dañada por el recuerdo, por eso no quiere recordar. Es una alegoría de la evasión, de no afrontar lo que uno es y sabe. Los recuerdos y los olvidos son obra de toda una vida, enseñó Borges en *Funes el memorioso*, no es algo que se adquiera de un día para otro por interpósita persona o a través de un solo libro, llámese diccionario, biblia o novela. “La memoria es la materia de la que he sido creado” dice el escritor argentino. El insomnio es evocativo de recuerdos; el sueño, de desgracias anímicas, ese es el cliché, quizá con una buena dosis de realidad.

El niño niega recordar lo que vivió en el momento mismo en que concluyó su experiencia. Dado que no existe la amnesia y no dan elementos de que el niño haya sido drogado, dado que está de pie y el hombre que lo grabó se burla de que niega lo evidente, la explicación aún no se dilucida en este momento de la película y da pie a la narrativa del viaje temporal en su memoria infantil. La madre y el médico adjudican los olvidos de Evan a desmayos, aún no se muestra evidencia en la película de tales desmayos. No lo muestran porque juegan con meter una mente en otra, existe un tiempo dentro de otro tiempo y al final un trauma. El recurso cinematográfico consiste en que el espacio es el mismo y lo que se sobrepone es la mente del niño que cambia de posición en la escena, en una fracción de tiempo infinitesimal, pero en la misma habitación. La habitación es la misma siempre, en una clínica del hospital, aunque nos muestren un gran viaje, ahí inicia y termina todo. El tiempo está en la cabeza del hombre que se encuentra constreñido por el espacio, ese escritorio en el que se esconde y desde el que pretende modificar su vida a través de esa técnica misteriosa para recrear recuerdos: su diario, su pasado. El espacio representa su conciencia y una pérdida irreparable de su personalidad.

Evan conoce a su padre en un psiquiátrico, ese momento, en lugar de ser feliz, es un momento trágico porque su padre lo intenta atacar y como consecuencia de ese acontecimiento desafortunado muere. Presentan la vida de Evan como el reflejo de la de su padre enfermo, la muerte de su padre es su oportunidad para relevarlo en la rueda del infortunio. Existe una especie de genética emocional, válgase la expresión, cuya dosis de destino o determinismo es un cómputo mental de recuerdos y olvidos. A la realidad casi no se le confiere atención,

sino a la mente que está dispuesta o no a captarla. Cuando se le pregunta a Evan sobre las razones de sus desmayos la respuesta es el olvido, la amnesia. No asume ser consciente de los hechos que padece. El olvido como estrategia, como mentira. La madre prefiere creerle para no asumir responsabilidad.

La película incluye una crítica velada al psicoanálisis. El doctor le dice a Evan “Recuerda, solo es una película, estás completamente a salvo.” “La película en tu cabeza está rota.” La película es una analogía de la memoria, es una alegoría. Muestran la idea de que hay retacitos perdidos de recuerdos en la memoria y solo hay que juntarlos como si se tratara de un rompecabezas. Como si alguien te pudiera ayudar a recordar, a penetrar en tu mente y reencontrar tus recuerdos y escribir correctamente tu pasado. La fuerza de la escritura, de las ideas palpables. Cuando Evan entra, a través de la hipnosis, en lo que es para el psicoanálisis una forma del inconsciente, en sus recuerdos, la realidad lo hace sangrar, literalmente el joven sangra por la nariz y padece un sufrimiento terrible cada que viaja a su pasado. Cuando Evan niño acude con uno de sus amigos a expresar su dolor, recibe un comentario insensible: “Sácate esa expresión de la cara.” La violencia emocional es el arma del guionista para explicar la memoria. Una enseñanza también de la película es que es inútil intentar proteger a los demás de sus recuerdos y de sus dolores porque finalmente alguien termina dañado. Evan lo intenta todo el tiempo con su amiga, sin éxito. Cuando por enésima vez regresa en el tiempo para visitar a su amiga, ya adolescente, ella lo confronta “Tienes suerte de no recordar.” La violencia se representa en la película como expresión de la culpa, el olvido como transferencia. El que recuerda el trauma está condenado a dañar a los otros y a sí mismo, así se expresa en el hermano de Kayleigh.

Evan estudia en la universidad a unos gusanos anelidos que tienen la virtud de repetir diversos órganos en cada metámero o anillo corporal. Él reflexiona sobre los fracasos que ha tenido al tratar de corregir su pasado y el de sus amigos y se da ánimo: “Si puedo determinar cómo funcionan los recuerdos en un simple gusano, deberá ayudarme a entender las complejidades del cerebro humano.” Así también Evan puede repetir muchas vidas en su mismo cuerpo a través de la introducción de la mente adulta en todas las mentes de su historia. Sin embargo, no lo logra y se justifica: “Es como si mi mente se negara a recordar.” El

cineasta reprueba la idea del psicoanálisis de que se puede revalorar la experiencia del pasado remoto a través de una especie de involución mental hacia el trauma infantil o de diferentes edades, o el originario, el que te genera el desprendimiento del seno materno al nacer, el trauma original. La gran falla en la concepción de la memoria que predominó en amplias capas sociales desde la década del año sesenta del siglo XX consistió en creer en la potencia del individuo que renuncia a su ser social y que recupera su verdadera personalidad y dota de madurez a sus recuerdos infantiles.

La película muestra dos finales y el espectador puede elegir uno de ellos o los dos. Un final indica que Evan realmente no viajó en el tiempo y todo ocurrió en su mente como parte de un problema psiquiátrico que le quedó como consecuencia de sus traumas. En el trauma siempre se anida algo de culpa, independientemente de si fuiste víctima o victimario, hay una pérdida relativa al valor que uno mismo se atribuye como persona. Es posible confrontar esa visión y no asumir pérdida ni culpa cuando tú fuiste la víctima. En la película también se narra otro acontecimiento trágico en el que Evan y sus amigos participaron y fueron responsables o cómplices de un asesinato. Esta parte de la trama no es a la que se le dio centralidad aquí.

El segundo final es el resultado de la intervención de Evan adulto en la mente del niño, justo en el día que conoció a su amiga Kayleigh. Están reunidos en una fiesta y decide ignorarla, evitar que sus vidas se unan y, por lo tanto, negar todos los acontecimientos en los que se vieron involucrados. Cuando Evan regresa del pasado y se sitúa en el presente, descubre que su vida y la de su amiga son exitosas, se encuentran en una calle y pasan de largo. Evan llega a la siguiente conclusión: “Sé quién soy, no necesito diarios que me lo recuerden.” Al final de la película, la única solución es que la realidad nunca hubiera ocurrido.

3.4. La conciencia sensible

Para acercarse a la comprensión de la conciencia, las ciencias sociales y físicas han colaborado. Las llamadas neurociencias cognitivas interrelacionan los procesos fisiológicos y anatómicos de la mente con el ambiente cultural para integrar una explicación sobre el funcionamiento de la memoria. La sensibilidad humana ocupa un lugar muy especial en este enfoque, el cual es útil para comprender el valor simbólico de los recuerdos y los olvidos.

Roger Bartra explica que el individuo se apoya en una red cultural y social de mecanismos extrasomáticos estrechamente vinculada al cerebro. Dice que el cerebro requiere de una especie de prótesis cultural o *exocerebro* para sobrevivir en un mundo que le puede ser hostil. “El exocerebro no es algo que está ubicado entre las neuronas y la cultura, sino que es el segmento ambiental estructurado que continúa ciertas funciones cerebrales por otros medios” (Bartra, 2006, p. 208). Para desarrollar esta idea, menciona canales simbólicos y lingüísticos a través de los cuales el individuo desarrolla capacidades sensibles que compensan las emociones angustiosas generadas por la dificultad de sobrevivir. La conciencia estará formada, de acuerdo con esta visión, por un circuito somático cerebral con funciones limitadas que se encuentran en un medio interior; y por funcionalidades y capacidades de índole cultural, extrasomáticas, de carácter simbólico, con circuitos externos ubicados en el contorno.

El sociólogo y antropólogo busca explicar la continuidad entre el medio interior, o el yo, y el ambiente: “Sin duda la actividad cerebral en que se basa la conciencia tiene un carácter estable y organiza el medio mental interno de tal manera que asegura la coherencia y la continuidad del organismo individual. Esta actividad cerebral interna acumula en la memoria información sobre el contorno exterior” (Bartra, 2006, pp. 49-50). El proceso de construcción de la memoria que propone Bartra, rebasa la concepción de la mente como una actividad puramente cerebral y resalta los vínculos de las sensaciones corporales con el medio cultural.

La capacidad simbólica del ser humano es un componente importante de su conciencia. Es en el contacto social que se construyen los símbolos, signos, y que se representan en nuestra

memoria como recuerdos. Por supuesto que el lenguaje ocupa un lugar fundamental y más cuando se trata de las ideas que tenemos sobre nosotros mismos: la conciencia de nuestra historia de vida. Otorgamos un valor simbólico a nuestros recuerdos, particularmente los que tiene un valor sentimental. Existen muchos acontecimientos rutinarios que nos resultaría inútil e imposible recordar y otros que definieron en cierta medida el derrotero de nuestra historia.

La película *El efecto mariposa* deja una enseñanza para quien quiera tomarla, el pasado no se puede modificar, tampoco los acontecimientos que vivimos, entonces, ¿qué podemos cambiar para alejarnos de los recuerdos que nos atormentan? Existen muchas respuestas a esta pregunta, ninguna que la resuelva por completo, no obstante, cualquiera de ellas debe considerar la conciencia de sí. No podemos alterar el pasado, pero sí el presente.

Damasio relata que existen personas que padecen el síndrome del miembro fantasma y que pueden sentirlo, incluso percibir dolor, aunque ya no lo tengan. Expone una razón convincente: “Mi interpretación de este fenómeno es que en ausencia de la entrada conectada procedente del miembro ausente, prevalece la entrada conectada procedente de una representación disposicional de dicho miembro: es decir, la reconstrucción mediante el proceso de remembranza de una memoria adquirida previamente” (Damasio, 1994, p. 182). La capacidad que tenemos de recordar el dolor es un componente fuerte y necesario de la sobrevivencia; pero, también de la desesperanza. La conciencia de nosotros mismos no siempre es completa o realista, hay estados somáticos en los que el cuerpo manda señales reales que se codifican en la mente de forma correcta y otras en las que la mente manda información incorrecta.

Evan sufrió un abuso y pretendió no ser consciente de lo que vivió, conservó un estado anímico inestable y perdió el bienestar. Damasio menciona una categoría valiosa para distinguir un *sentimiento emocional*, que es producto de una circunstancia particular, de otro que denomina el paisaje completo del cuerpo cuando no se estremece de emoción: un *sentimiento de fondo*. “Además de los mapas corporales dinámicos, conectados, existen mapas algo más estables en la estructura general del cuerpo, que probablemente representan

la propiocepción [...] y que constituyen la base para nuestro sentido de imagen corporal” (Damasio, 1994, p. 181). Ocurre, entonces, que cuando nos afanamos en recordar momentos tortuosos de nuestra existencia, en lugar de olvidarlos, obtenemos de nuestro cuerpo una respuesta emocional similar a la que tuvimos cuando los vivimos. Si en un lapso grande el malestar por los recuerdos permanece y se recrea en la mente, cambia el sentimiento de fondo y aparecen cuadros depresivos o de otro tipo. Es sano y vital, que las nuevas experiencias nos provoquen sentimientos menos emocionales y más estables para alejarnos del sufrimiento. La nostalgia, generalmente, se acompaña del recuerdo de acontecimientos que se vivieron intensamente y que ya no están a nuestro alcance. Cuando nos sentimos nostálgicos, realizamos un repaso mental de los recuerdos más significativos, más jubilosos; y una vez que acabamos con nuestro repertorio de recuerdos, el sentimiento que nos deja no es la felicidad, sino la tristeza. Esto ocurre porque adquirimos conciencia del paso del tiempo y, con ello, de la imposibilidad de repetir esas experiencias.

La memoria es nuestro patrimonio personal. Cuando la vida se torna difícil y los pensamientos nos agobian, cuando la soledad y el dolor nublan nuestra mente, buscamos el sosiego para evadir el sufrimiento. Los sistemas simbólicos que hemos ido construyendo al paso de nuestra vida forman estructuras que determinan nuestro carácter y personalidad y no es tan fácil modificarlos. Eso no significa que estemos condenados a padecer aquellos recuerdos que nos obsesionan y nos lastiman. El olvido implica un proceso en el que la elección es un componente fundamental y, a diferencia de los recuerdos, está en el presente, en el ser consciente.

Conclusión

El campo de estudio de la memoria no tiene límites establecidos a priori, en el confluyen diversos enfoques científicos. Esta investigación se favorece de esta visión multidisciplinar porque permite tener un enfoque variado de las relaciones culturales en las que se genera el recuerdo y el olvido.

La antropología abre la puerta a una serie de conceptos que fueron de suma utilidad en la valoración de la importancia simbólica de los recuerdos, por ejemplo, hábitos, prácticas, creencias, valores. Cuando la antropología, filosofía, sociología, historia, neurología y otras disciplinas trabajan sobre el mismo objeto de estudio hacen que se vuelva más práctico. Esta *plasticidad* permite conocer el tipo de relaciones sociales que se generan a partir del olvido que padecen las personas enfermas de Alzheimer de una forma por demás comprensiva.

Si bien se integraron diferentes enfoques analíticos, existe una preeminencia de la mirada antropológica no solo incorporada por los antropólogos que aquí fueron referidos, sino por el legado que la misma antropología ha dejado en el enfoque del resto de las ciencias que se ocupan de representaciones culturales, de significación, de búsqueda de sentido, de una explicación de la conciencia humana a través del valor que se otorga a los procesos mentales, al pensamiento, a las ideas, a las emociones y a los sentimientos que definen la memoria.

Lo que recordamos implica la forma en la que nos relacionamos. Con la pérdida de la memoria cambia el tipo de relación afectiva y deja deudas. No basta saber lo que una persona significa para nosotros, requerimos saber lo que nosotros significamos para ella porque este vínculo recíproco nos da una certeza emocional.

El olvido, por otra parte, también es una necesidad porque nos deja libre un espacio vital para seguir incursionando en el presente. La intimidad es un proceso corporal en el que nos identificamos y compartimos nuestras emociones y sentimientos con quienes establecemos relaciones afectivas que determinan muchas experiencias de nuestra vida. Tenemos recuerdos que nos llevamos a la cama y con los que nos despertamos el día siguiente y

memoria de las emociones que nos han hecho sentir; de todos ellos, privilegiamos aquellos con los que nos gusta definirnos y con los que definimos a los demás. No siempre recordamos todo lo importante ni olvidamos lo intrascendente; pero entre todos nuestros recuerdos y olvidos aparece quienes somos. Somos, además, seres cambiantes, expuestos a nuevas experiencias, y si bien padecemos miedo, dolor, nos negamos al sufrimiento y buscamos forjarnos una conciencia que nos libere de esas emociones que nos atan, como señala Bartra, a través de la generación de cultura, no estamos condenados ni a ser Funes el memorioso ni a perdernos en los entresijos de nuestros recuerdos. El recuerdo y el olvido no tienden a la totalidad, no presentan un equilibrio perfecto, no se producen tan solo porque lo deseemos, es parte íntegra y constante de la vida y de la conciencia sensible del ser humano.

Bibliografía

- Álvarez, L. (2001). *Antropología Social e Inteligencia Artificial*. Anales de la Fundación Joaquín Costa.
- Bartra, R. (2007). *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bayliss, L., Flores, J. & Rodríguez, M. (sin fecha). *La enfermedad de Alzheimer*. septiembre 12, 2020, de La Medicina es Así Sitio web:
<https://www.asieslamedicina.org.mx/enfermedad-de-alzheimer/?pdf=3260>
- Borges, J. (1942). *Funes el memorioso*. marzo, 2021, Sitio web:
https://www.ingenieria.unam.mx/dcsyhfi/material_didactico/Literatura_Hispanoamericana_Contemporanea/Autores_B/BORGES/memoriososo.pdf
- Calderón, E. & Ziri6n, A. (2018). *Cultura y afectividad. Aproximaciones antropol6gicas y filos6ficas*. Ciudad de M6xico: Ediciones del Lirio.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representaci6n. Historia cultural: entre pr6ctica y representaci6n*. Barcelona: Gedisa.
- Dam6sio, A. (2006). *El error de Descartes*. Barcelona: Drakontos Bolsillo.
- Douglas, M. (1978). *S6mbolos naturales. Exploraciones en cosmolog6a*. Madrid: Alianza Editorial.
- García, G. (2009). *Cien a6os de Soledad*. Portugal: Editorial Diana.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretaci6n de las culturas*. Barcelona: Grupo Planeta.
- Graue, E. & Mansilla, A. (2017). *La Enfermedad de Alzheimer y otras demencias como problema nacional de salud*. M6xico: Intersistemas.
- Halbawchs, M. (1968). *La memoria colectiva*. Par6s: Presses Universitaires de France.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2014). *Perfil sociodemogr6fico de adultos mayores*. M6xico, en:
http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/2010/perfil_socio/adultos/702825056643.pdf?fbclid=IwAR0AQ_eY2sF5bYt-IM76-R1NaKCulL2OR9Oi05vvSNC5-1IYEnKWXhtsJUw
- Le Breton, D. (2016). *Alzheimer: Desaparecer de su existencia*. En Desaparecer de sí. Madrid: Siruela.
- _____ (1999). *Las pasiones ordinarias: antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visi6n.
- Penrose, R. (2007). *Las sombras de la mente*. Madrid: Drakontos.
- Ridley, M. (2004). *Qué nos hace humanos*. M6xico: Taurus.

- Savater, F. (2012). *Ética de Urgencia*. México: Ariel.
- Wilde, O. (2004). *El Retrato de Dorian Gray*. Ediciones Gárgola. Editorial De los Cuatro Vientos: Buenos Aires.
- Zirión, A. (2010). *La memoria y el olvido en el documental latinoamericano contemporáneo*. Revista Grumo, 8.